

CONTENIDO

Editorial	2
Sergio Salazar	
El dios poeta	3
Luis Alcocer	
Escrito bajo el agua	4
Patricia Garma	
De amor y lluvia	5
Jorge Lara	
El Bey en Rotxire	6
Lorenzo Salas	
Parábola de la perra	7
Rosa María Espinoza	
A los poetas de Lladró	9
Raúl Moarquench Ferrera-Balanquet	
El blues de Cecilia	10
Roberto Azcorra	
Relato de un exilio	11
Gilda Manso	
El tercer hombre	12
Guadalupe Ángeles	
Ser de palabras	13
Brenda Alcocer	
Poemas	14
Oscar Sauri	
Ahora	15
Judith Santopietro	
Macario Matus, un poeta de la belleza y de la vida	17
Carlos Martín Briceño	
Saldos	18
Patricia Medina	
Instalación foránea (Fragmento)	20
Carmen Simón	
La rampa	21
Balam Rodrigo	
Hipótesis del hombre roto	25
Fernando Cuevas de la Mora	
Quiero tu adiós	25
Ian Soriano	
Jacuzzi	26
Ana Edith Sánchez Sánchez	
La española	27
Eloísa de la Parra	
Variaciones de los días	28
Ileana Garma	
Mujer dentro de la noche	30
Fernando Muñoz Castillo	
Tu cuerpo es copia de Venus de Citeres	31
Jaime Coello Manuell	
Nadie en mi turno	36
Juan Carlos Quiroz	
Oración	38
David López Ambrosio	
Anoche la lluvia	38
Angélica Santa Olaya	
Por Knock Out	39
Karla Villapudúa	
Metáfora P.	40
Jorge Manzanilla	
Existen estalactitas de hierro	40
Gerardo Hoy	
La ruptura de la puntualidad	41
Anuar Zúñiga Naime	
Retrovisor	42

Navegaciones Zur

Revista del Centro Yucateco
de Escritores, A.C.

Números 54 y 55

Octubre de 2008 - Agosto de 2009

COMISIÓN EDITORIAL

Melba Alfaro - Roberto Azcorra - José Juan Cervera -
Adán Echeverría - Patricia Garma
Jorge Lara - Cristina Leirana - Carlos Martín
Óscar Sauri Bazán

ILUSTRACIÓN EN LA PORTADA:

Alejandrina Burgos Ortiz

Imágenes interiores:

Ramón Villegas, Rigel Solís Rodríguez, Maritza Duarte Alcántara,
Alejandrina Burgos Ortiz, Ligia Chan Brito, Archivo.

MESA DE REDACCIÓN Y DISEÑO

Alfredo Lugo, Claudia Sosa y Ana Pech

Correo Electrónico: navegacionezur@yahoo.com.mx

Esta publicación es de carácter literario,
los trabajos son responsabilidad de los autores.

María Montelongo	
Hule Chick	43
Carlos Aguasaco	
Parque	43
Mario Pineda	
Crónica del performance "El arte de la libertad"	44
Jetzabeth Fonseca	
Manantial incendiado	45
Ana Franco Ortuño	
Tríptico de letras	46
Saulo de Rode	
Muros	47
Yolanda Aguirre	
Praga	47
Ana Cinthya Uribe	
Consuelo del nómada	48
Francisco Lope Ávila	
Cuentos rápidos para contar despacio	49
Judith Santopietro	
De la primera luz	50
Adán Echeverría	
Encender la palabra para ahogarse	52
Alma Rosa Tapia	
Absurda desolación	53
Fernando de la Cruz	
Radio Vaticano	53
Elena Méndez	
Esa imparables necesidad de sangre	54
Jorge sosa	
Minificciones	55
Algunos de Nuestros Colaboradores	56

Editorial

Casi un año de silencio necesitó nuestra barca revista para hacer acopio y reacomodo de bastimentos y volver frenética a flotar sobre las aguas y respirar el aire marino de una nueva entrega.

En este lapso las mareas que mueven nuestra balsa para el pensamiento la han aventado de orilla a orilla, del ataque de nuevas epidemias al reclamo por normas para los máximos legales de posesión de algunos psicotrópicos -como la marihuana- y el azoro ante las cifras del día de ejecutados por sicarios, a las sospechosamente triunfales estadísticas del combate al crimen organizado y el inacabable apresamiento de bandas de "plagiarios", mientras el desempleo avanza como una peste bíblica cubriendo las ciudades.

Los sistemas de salud y educación públicas están rebasados y en riesgo de volverse patrimonio elitista; simulacros mercadotécnicos y al estilo de exitosos seriales de acción sustituyen al periodismo; 'slogans' y 'spots' en lugar de ideas. Ruedas de prensa matutinas muestran a las estrellas del horror, presentando la cínica función del día.

Por todas partes crece la sensación de crisis: aumenta la pobreza, aumentan los precios de las cosas -incluso el papel- y las cuotas por los servicios. Lo que no aumenta nunca es la dignidad de los gobernantes.

Sobre los continentes, sus playas, los atracaderos y bajo nuevos puentes como páginas 'en construcción' de la red informática, "Ah, las hermosas palabras que ya se van, que no se irán"; porque a nuestro país sólo la imaginación y el ejercicio pensante lo mantiene a flote sobre aguas turbias que tienen mareados de violencia y consumismo a tantos.

Así, bajo influjo de vientos aciagos desde el narco, la violencia y el asesinato, recordamos a León Gieco, compositor argentino, cuando en los ochenta prevenía: "Y a los que pensamos de manera diferente, qué dirán ahora que no existe el comunismo: dirán que somos drogadictos". Ya lo han hecho. Y pasarán muchos años para que todos nos demos cuenta, de que entre lo real maravilloso, y el surrealista país en que fuimos, sigue vigente el lugar común: la realidad supera a la ficción.

Nos toca incluso despedir a creadores de mundos y utopías como Enriqueta Ochoa, Mario Benedetti, Blanca Varela, Pablo Latapí, Idea Vilariño y Macario Matus.

Pero nuevas voces se levantan. Porque este tiempo difícil de México también lo han de registrar los creadores, quienes prosiguen la defensa de los espacios de la reflexión y el pensamiento libres, aventurándose al horizonte de la hoja en blanco, incorporando las eternas temáticas: el desencanto por la vida, la deshumanización de las profesiones, los gradientes de la violencia, la vulnerabilidad de los solitarios y sus domésticas catástrofes.

Ahora, con esta navegación y a bordo de la palabra, nos empeñamos en buscar y llegar a los lectores, más allá de cualquier océano de idiosincrasias o brecha generacional. Buscar los ojos de otros personajes que puedan solazarse en la lectura y así, entregarnos a su encuentro con la condensación de modos propios de ver y entender el mundo.

Navegar, deslizarse sobre suelos fluyentes al cobijo de la imaginación, la sensibilidad y el pensamiento, ése es nuestro sino; desafiar por igual a los agoreros del desastre y los dictados imperiales de nostálgicos del *Fin de la Historia*; sin importar los nubarrones y el oleaje bravo como las horas de la vida o el vértigo en este país. Vivir como única respuesta.

Tal es la guirnalda de nuestra ofrenda al lector.

Mérida, Yucatán, México, Verano de 2009.

El dios poeta

SERGIO SALAZAR

*Frente a la tarde de salitre y piedra
armada de navajas invisibles
una roja escritura indescifrable
escribes en mi piel y esas heridas
como un traje de llamas me recubren.*

Octavio Paz (*Piedra de Sol*)

El Gran Cañón del Colorado es una colosal formación pétreica que millones de años y toneladas de océano diseñaron en las profundidades como celosos artistas que, refugiados en su propio ego, no dejaron emerger hasta que la obra estuvo terminada.

Al norte del estado gringo de Arizona, el Gran Cañón entretiene con su paleta multicolor el paso de un río azul que desmiente de su nombre para coronar con chispazos celestes la profunda ostentación de este gran alarde divino.

Porque uno podrá ser todo lo librepensador que quiera, pero tiene que rendirse a la evidencia de una mano milagrosa donde la sucesión de maravillas no se detiene cuando el alma pensaba que ya era imposible encontrar una nueva.

Para llegar al Parque Nacional hay que atravesar la zona de Flagstaff donde se admira la mayor plantación de pinos en todos los Estados Unidos, un auténtico páramo en el desierto que parece dar la bienvenida al vecino fenómeno de piedra vibrante. De las extensas expresiones desérticas, altas cimas, suelos ralos, carreteras serpeantes, desfiladeros de ahogo, se ingresa de pronto al olor penetrante a alquitrán, el clima templado de las cumbres protegidas por verdes pirámides en un horizonte sin fin, duelistas vencedores del infierno al que superarán por kilómetros hasta que el panorama de la zona árida —Arizona— vuelve a campear.

Y de repente la montaña, el Gran Cañón, ora verde, a ratos oro, azul grisáceo, tierra, plata, bronce, aristas en profusión, símbolos fálicos, miradores tímidos que avistan fuegos, cofres de tesoros no imaginados, distancias nostálgicas de visiones empedernidas, el Gran Cañón, desafiante, echando tiros contra la probabilidad del ser posible, lonjas de piedra burbujeante, en ebullición, la bravuconada de la Naturaleza en que todo es grito poderoso, la ola de roca que imitó al mar con sus espumarajos de niebla, destilando el infinito entre las vértebras de sus columnas hercúleas, el Gran Cañón.

Regodeado en su triunfo, Dios prepara en este escenario impar una *masterpiece*; participan, en orden de aparición, las nubes oscuras que combinan tonalidades con la complicidad de la primera figura de la función, el sol, que está a punto de ejecutar la danza suprema de su muerte —por lo pronto permanece enhiesto, como fondo escenográfico, pendiente de su gran entrada—, los arbustos que circundan el abismo y su ejecutante, el viento, que comienza a afinar por entre bastidores, remontando al calor polvoso que entretiene al público. En un invisible movimiento de batuta, el sol

se aposta detrás de la cinta púrpura que bordea la cima más alta y el mundo se viste de naranja, la brisa responde con la suave caricia a la vegetación baja de saguaros y artemisas, enebros y yucas de hojas anchas, que excitadas anuncian con un coro subyugante lo mejor del espectáculo. Hipnotizados por la ambientación, sólo podemos seguir las evoluciones de la gran estrella, a través de un imaginario de color que va dibujando sombras multiformes entre los rincones voluptuosos de la gran matrona rocosa, recostada sobre sí misma, poseída por mil matices. La plástica de 500 kilómetros de largo y uno y medio de profundidad reclama el derecho a pregonar que el tamaño importa.

Cuando el *grand finale* se aproxima, el astro crepuscular emite en silencio un postrer rugido de rayos bostezantes que se van tiñendo de un violeta progresivo y el concierto de sensaciones únicas —la puesta del sol, el Gran Cañón, la brisa sibilina, las nubes de todos los colores y de ninguno, las sombras invasoras hasta lo profundo de la emoción— quedan suspendidas en un momento de gloria irrepetible, por mucho que se represente cada veinticuatro horas.

Lo que este momento de éxtasis tiene de único es el instrumento del realizador. Los espectadores tratamos con camaritas, celulares, videos —algunos con pinceles y lienzos— de captar este clímax, pero es inútil, no hay fotos, películas o pinturas donde este prodigio pueda verse reproducido fielmente; lo que vemos en ellas es siempre parcial, mínimo, referente. La imagen completa, que lo es todo, sólo puede captarse con los ojos, los oídos, la piel y —sobre todo— el numen sensible que nos descubrimos tan a la mano como nunca. El poeta de este performance sinfónico no ha dejado resquicios a su creación, ideó las formas vivas en la materia inánime, las conjuntó con la armonía exquisita del genio y se reservó egoísta la capacidad exclusiva de la presentación total por los medios también diseñados por él, que se alojan temporalmente en nuestra pobre humanidad.

Pero eso no nos queda claro, cuando nos quedamos sin estas evidencias poéticas de lo divino, nos retiramos pensando que fue nuestro dinero, el tiempo que reservamos para unas cortas vacaciones o cualquier circunstancia particular lo que ha logrado que admiremos un crepúsculo en el Gran Cañón. Allá, a lo lejos, se escucha la risa irónica del creador auténtico, pero nosotros pensaremos que fue un trueno.

Escrito bajo el agua

Escrito bajo el agua

LUIS ALCOCER MARTÍNEZ

Vendaval de tu piel agita hogueras
yo sé que no me escuchas en medio del estruendo
de este amor que destroza las ventanas
o me escuchas acaso como quien oye
unos pasos lejanos
entorpecida marcha resbalones tropiezos
así ha sido mi andar desde estos días
previos a la estampida de relámpagos
mis movimientos torpes
en la voz el temblor de quien aguarda
la pica del verdugo
en las pupilas fuego que encendiste
una de tantas tardes
la llamarada inmensa
golpea las compuertas
busca un espacio en este laberinto

Hay tanto qué perder
desde esta playa donde llegan las olas en silencio
a carcomer la costa
el sargazo una red
largas cadenas aroma salitre
arena
humedades sin fin los recovecos
guardan.

Un jabalí salvaje se ha soltado
corre por las rutas de tu sangre a encontrarse conmigo
fina ponzoña del arácnido
ahora viaja a ciudades extrañas
el veneno no tiene más remedio.

Un aroma de tardes en conflicto
de sueños de leones en la playa
peces de luna plata
muerde la fruta húmeda.

Antes de que termine
alguno de tus cuentos Scherezada
en esa enredadera de tus muslos
mátame
en medio de la lluvia
deja a merced del agua y de los vientos
el temblor de esta voz la curvatura
cada vez más severa de mi espalda.

Para que no se culpe de mi muerte a nadie
mantuve en el secreto
tu mirada y el fragor del combate
en el que acabaré seguramente.

Para que no se culpe a nadie
ni tú sabrás del miedo de esta carne
del tornado que lleva
de uno a otro lugar estas historias
escritas bajo el agua.



Maritza Duarte Alcántara

De amor y lluvia

PATY GARMA

No dormiré sola
No esta noche...

Ya sé tu nombre
significa piedra
y no significa nada

Llueve
Y mi impermeable amarillo
y mi trasero enorme
y mi cabello teñido
y mi manojito de nervios
y mis humedades, otras
no las del cielo
sino las de adentro,
caminan contigo

No significas nada
y no dormiré sola
No esta noche...

Me gustan tu barba
tus párpados hinchados
tus botas all weather
todo tu silencio

Me dejas decidir:
las calles
el taxi
el cabaret
las bebidas

Y decides lo importante:
la hora de regreso
el hotel
el ascensor
el silencio
mi nudo en la garganta
mis lágrimas mañana

Mi camisón morado
mis dientes cepillados
mis pezones, mis rizos
mi soledad acumulada
se acurrucaron contigo

Y me adueñé del aire
de las cortinas
del horrible paisaje
de ese óleo barato
¿en qué bosque hecho en serie
habitaron nuestros labios?

Tenías un bóxer azul
y me mirabas como si me quisieras...

El Bey en Rotrexire

JORGE LARA RIVERA

Contigo la noche de grandes manos frías
Plata en fluido secreta la hora...

Alicasén te grita desde el rabioso farallón de cara al suceder asesino
en germinaciones aborascadas como libélulas y trufas pobladoras de tu faz opalina
sobre techumbres rasposas incendiadas de voces y deleites con ciudades que penden a su suerte
por entre el agrio vestisquero que interroga a la Esfinge
devorándose aborrecible

¿somos esa noche?

Hospitales esconden la peste locura guardan gangrenas y abluciones
purificantes los templos de aliento catedralicio y sarcófago

¿habrá gozos arrebatadores como plagas?

Alicasén te grita en su alado rondín
antes de hincar el diente inoculándote el delirio y la sombra eterno insomne

ni puertas atrancadas ni ventanales ciegos o emparedarse a cal y canto a lodo y tierra
durar piedra sobre piedra bastaran
ante su plañir de náyade
lloriqueo
aullidos
ocultamiento inútil

¿tiemblas o eres el temblor mismo?

Cuántas auroras boreales cuánto eclipse lunar
Qué torbellino o manantial precisas
Alas o espátulas para este lienzo vítreo

Alicasén
Aquí
Aquí



Cada quien, con suerte, tiene su cada cual /
Rigel Solís Rodríguez



Parábola de la perra

LORENZO SALAS GONZÁLEZ

Don Estatistao Represas tiene una perra a la que dice querer mucho. Acepta que es inteligente pero le niega la posibilidad de decidir. Dice que es lo mejor de la creación divina, pero poniéndose en lugar de la divinidad, decide con qué perro se va a cruzar, cuándo va a tener cachorros, y si los va a tener o no.

La perrita, de nombre Mansa, como ser vivo al fin, si se deja embelesar por los ladridos de un buen can y el ejemplar no sólo sabe cantar sino también hacer hijos, entonces don Estatistao aduce palabras divinas que nadie escuchó pero que casi todos creen y decide que ese cachorro o cachorra —aún no le habían hecho el ultrasonido— debe de nacer. Total, la alimentación de los cachorros y el pago de su estancia serán recuperados con la venta de los animalitos, que esta vez fueron cinco. Y así se hizo, porque así lo decidió el amo, quien habla con Dios, según sus decires.

Después del cumplimiento de la venta de los cachorros, la perrita y don Estatistao se llevaron bien durante un tiempo, en el que ella parecía dispuesta a correr, dormir y comer, sin que hubiera algo que la perturbara, hasta que llegó el momento en que la Naturaleza —ella es más sabia que la Divinidad, pues permite el deseo y provee su satisfacción— volvió a hacer sus reclamos periódicos y un perro sucio, feo, desastrado, que hace tiempo se había fijado en la perrita, la encontró en la calle cuando se había soltado de sus amos, se le puso zalamero, le besó la orejita, olfateó en salva la parte de su cuerpo para buscar algún olvido, le lamió las chichas y luego la montó.

Como todos sabemos, si la recipiendaria de los afanes caninos no se mueve de su lugar, le está diciendo que sí a los galanteos masculinos y esta oportunidad no la podía desaprovechar el perro Sato.

Siempre en obediencia de la sabia Naturaleza, Sato cumplió con entrar con todo su amor en el cuerpo de la linda y bien cuidada perrita, lo que lo ató fuertemente a su destino temporal, y obligó al can a darle una buena remolcada, hasta que la depositó a varias casas de su residencia.

Cuando vino la separación, ambos miraron la parte por donde habían estado unidos para ver si había pasado algo o si estaba completa, y luego la lamieron como para calmar algún dolor o en un acto de limpieza en previsión de un nuevo ataque de la temida influenza, tan proclive a la inoportunidad.

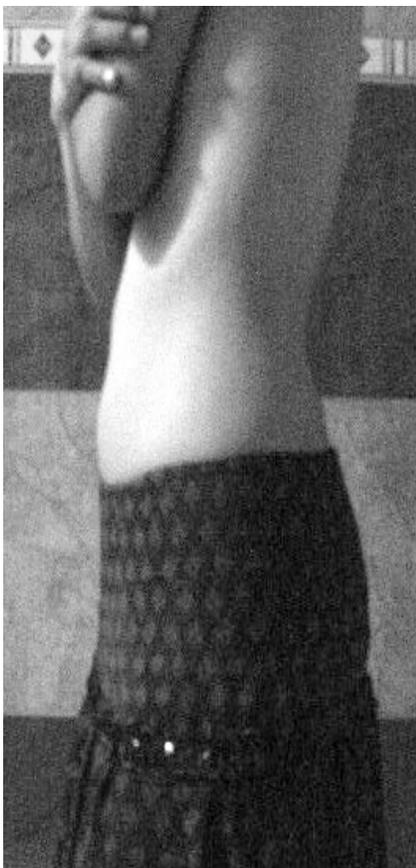
Para mala suerte de la pareja de enamorados, don Estatistao, quien había visto la escena desde un lugar cercano donde conversaba con unos vecinos, se había dirigido rápidamente a separarlos, pero no lo logró, pues los años, tan tercos y repetitivos, se le habían amontonado en el voluminoso cuerpo.

El Sato, sabedor de las represalias del Sr. Represas, corrió al verlo venir farfullando, agitado y lanzando maldiciones como decretos presidenciales, que salen en abundancia y nunca saben dónde van a pegar.

La perrita Mansa, sintió el tirón de oreja de su amo y dócilmente —bueno, no le quedaba de otra— acompañó a su amo de nueva cuenta a su domicilio. Una vez ahí, recibió insultos que nunca antes había escuchado de don Estatistao, quien más bien rezaba mucho y hablaba de Dios con mucha devoción aderezada de peticiones de bienestar y de mucho dinero.

Pasaron los días y la furia del Sr. Represas no acababa, hasta que un día le dijo que tenía que abortar. Extraña palabra y más extraño el hecho que la acompañaría. ¡Mansa tenía que abortar porque así lo ordenaba su amo y señor! ¡Y tan bien que le había caído el Sato! A ella le hubiera gustado tener el producto de tan repentino y fulminante amor, pero don Estatistao no sabía de esas cosas. Su función era mandar sobre la vida y el sexo de los demás y quien osara desafiarlo se encontraría con la Asamblea de los Eunuco, lista para aprobar leyes y sentencias que atentaban contra la voluntad divina, aunque olvidaban que ningún Dios los puso donde estaban sino fue una masa de ingenios que creyó que tendrían un sentido humano y perruno para poder legislar.

Un día, don Estatistao se despertó de buen humor, como si hubiera dejado en la cama una pesadilla de la vida real. Acarició a Mansa y le dijo que se veía muy bonita



con su ensortijado cabello de oro, bien peinado por la mucama, quien no levantaba la mirada ni sonreía, como si presintiera que un gran pecado habría de cometerse. A cada rato se persignaba, como si estos movimientos alejaran una negra nube que se cernía sobre la casa.

Don Estadistao ordenó que subieran a la Mansa al coche, y la llevó a un barrio de mala muerte—inunca mejor usada la expresión!— donde una señora sucia, que se pasaba las manos a cada rato por un mugriento delantal, los recibió con una torpe sonrisa—su boca abierta parecía una caja de cobros, escasos, por cierto—, acarició a la perrita y la pasó a un cuarto igual de sucio, con la variante de estar maloliente.

Después de un rato de tensa espera, la señora salió con la perrita desmayada y la entregó en un paño sucio y manchado de sangre. El vejete la llevó para su casa, en donde falleció días después, desangrada.

Un amigo, pasado el tiempo, al enterarse de la tristeza del viejo, fue a visitarlo, y una vez instalado en cómoda poltrona, llegó el punto nodal de la conversación:

—¿Sabías que pudiste evitar la muerte de Mansa si la llevabas a un lugar oficial, especializado, limpio y con atención después de... la interrupción del embarazo?

—¡Sí, pero esos son inventos de los farsantes, de los enemigos de Dios y María Santísima! ¡Aquí yo hago lo que decido y todos hacen lo que yo quiero, que para eso soy don Estadistao Represas!

—Bueno, amigo, me voy. Me da gusto ver que estás igual que siempre, lleno de salud y de convicciones.

Cuando Mansa despertó en el Paraíso, donde van los inocentes y los que han amado mucho, se encontró con un señor de batón blanco y una luenga barba, que evidentemente no le hacía caso a los comerciales de televisión en donde ofrecen rasuradoras que cautivan a las señoras.

Le extrañó a Mansa darse cuenta de que entendía lo que el señor de la bata larga decía: ¡Hablaban el mismo idioma!

—¿Por qué estás aquí?

—Por mandato de un señor que dice que Dios le dice lo que tiene que hacer.

El señor de las barbas suspiró largamente y Mansa lo miró con atención y luego le preguntó:

—¿Tú eres Dios?

—Sí, y si vieras cuántas cosas se hacen y se dicen en mi nombre.

—¿Cómo cuáles?

—Cuando dije amaos los unos a los otros, cada quien entendió lo que le dio la gana y formó naciones, grupos étnicos, políticos y de toda índole, para dedicarse luego a odiarse los unos a los otros, lo que atenta contra el amor que dije y enseñé.

—¡Qué triste!

—Sí, creo que cuando le di el sople divino a Adán, olvidé insuflarle un poco de comprensión. Por eso un día de éstos voy a enviarles mucha agua, más la que hayan acumulado con su calentamiento global, y haré que los mares crezcan e invadan la tierra que ha servido de habitación a los inicuos. Sólo a los justos salvaré de perecer ahogados en su ceguera y terquedad.

—¿Me permites hacerte una pregunta?

—Sí— respondió con una voz profunda y bondadosa.

—¿Por qué si soy una perra me acogiste aquí en el Paraíso?

—Todos los hombres olvidan que yo creé todo: a los animales, a los árboles, a los astros, a la misma Tierra. Como es natural, tú estás incluida en mi obra creada.

—¡No, Dios, no; no debiste decir la palabra *natural*!

—¿Por qué?, preguntó Dios intrigado.

—Porque... ¡jau, jau, jau!

Los ladridos se hicieron fuertes, muy fuertes. Era mi perrita Mansa que me había despertado.



A los poetas de Lladró

A los poetas de Lladró

ROSA MARÍA ESPINOZA

No soy poeta
que cante de memoria
las voces de otro tiempo
ni dejo que mi pluma
arrastre academias
de hueca construcción y bisturí.
Prefiero el pulso
(latido de poema) vivo
que sangra, se fermenta
hace vino y emborracha
a la seda resbalosa
que deslumbra
reflejo instantáneo de charol.

Lo mío es el tuétano ancestral
que repercute en mí si quiero,
callo corrosivo de mi piel,
rasposa indiferencia
que mantiene de pie
mi inspiración.



Cuando apareces me siento tan poca cosa /
Rigel Solís Rodríguez

El blues de Cecilia

El blues de Cecilia

RAÚL MOARQUECH FERRERA-BALANQUET

El blues de Cecilia



a mi hija Ailen

Tras el fantasma deambulo calles, guardarraya marina,
la Loma del Ángel ruge al viento incestuoso amor;
Cecilia llora el cuerpo de Leonardo y la iglesia, imperturbable sobre piedras,
continúa indiferente a los sufrimientos de otras cecílias, mujer
mutando piel sobre olas,
caracol mar entre habaneros retazos,
olor azucena serpenteando grillos fortaleza, la noche
inquietante observa ciudad, litoral
iTum tum puff!
iTum tum puff!
Aquí Tarab
 Tarab,
ritmo de selvas acuáticas atraviesa denso manglar,
mosquito danzón acaricia cocodrilos en roja ciénaga.

Conjuro tu nombre entre ángeles senderos:
 Leonardo está muerto y tú no estás loca, él nunca fue tu hermano.

El olor a pan caliente inunda la calle Neptuno,
reordena los sueños, paradisíaco ritual lezamiano mezcla herencia entero son;
Chévere y Navajazo retoman cuerdas de una guitarra fina;
un barroco Carpentiano, perpetuamente forja ventanas;
sopranos recrean boleros que Cabrera Infante nunca escribió;
la isla Virgilio ya desplazó el peso, ahora
 es isla en "moneda convertible"
y mi voz reclama un lugar en el territorio voluble de nuestro imaginario exílico.

Cecilia traspasa la mítica historia escrita en Nueva York:
su padre no es un comerciante habanero y la Condesa de Merlín
llega entre enaguas: "...es mi hermano, mi hermano de leche, tierno como un bebé" .

Puerto marinero en nueve cañonazos traza memoria, Tarab
rumbea caricia rocío, oscurece arena mar verde villa
luces litoral lumina urbe;
logro escarbar imágenes fragmentadas: la proa de un barco,
un verso escrito rumbo al Atlántico Norte;
voces exigen desembarco,
ciento veinte mil plegarias surcan mares, desalojo:
 en el infinito desdén que marca la historia
 evaporan fronteras que una vez frenaron mi regreso.



Relato de un exilio

Relato de un exilio

ROBERTO AZCORRA

En la provincia de Zhejiang, al este de China, se encontró a un hombre enclaustrado, desde hacía varios años, en una vivienda abandonada, informaron las fuentes del departamento provincial de sanidad. El hombre presentaba un cuadro de anemia y hablaba una lengua desconocida.

Nota publicada el 26 de septiembre de 2002 por 'Diario del Sureste', Yucatán, México.

1

Hace dos tardes, de regreso a la casa, ignorabas que Brenda te había abandonado desde la mañana. Condujiste por toda la avenida hasta el muelle; ninguna señal inquietante a pesar del nerviosismo de la gente por el silencio del departamento de sanidad: ferrys asfixiados de viajeros, niños regresando del colegio de tierra firme, sonrientes y resignadas madres en espera del desembarco. Lo que no observaste fueron las respiraciones dificultosas, el dolor oculto en el pecho, las náuseas, el semblante fantasmal de las mujeres con sus hijos en brazos; nada te interesó pues tu ansiedad apuntaba hacia otro lado.

La amabas, sin ella tu vida sería un cronómetro indiferente y desbocado. Fue la primera en advertir el cansancio que mermaba tu frágil salud. Cuando aceptaste la plaza, el director dejó en claro las dificultades que implicaba trabajar en esa investigación. "Después vendrán los honores y el dinero", le respondías a Brenda.

De una cosa estás seguro, todo el esfuerzo fue por ella.

La radio bombardeaba alertas —aún precautorias— por la infección que había cobrado sus primeras víctimas.

A pesar del automóvil en la cochera y las luces apagadas, estabas muy lejos de sospechar que Brenda esperó tu partida al Centro de Investigación para irse.

Ansiando la rutina dichosa, imaginaste los labios de forma perfecta y la piel radiante de *Eau d'orange* dándote la bienvenida.

Enciendes la luz de la calle antes de entrar a la casa.

2

Tercera noche sin dormir; las voces de alerta cesan. Recuerdas a Brenda y su dependencia con los somníferos, uno de tantos pretextos para reñir. Ahora admites esa posibilidad conciliadora del sueño.

Escuchas ruidos, toscos motores que impulsan, quizá, los últimos botes. Más al sur, en otros tiempos, los grandes navíos vomitaban turistas ansiosos por conocer el único atractivo de esta isla: el tiburón ballena. En una estampida llegó Brenda, risa estridente, boca frutal. Su piel aceituna sobresaliendo entre la horda de pálidas siluetas como isla sobre un océano blanquecino.

Fue quizá tu aspecto ingenuo y apacible una de las razones por las que aceptó conocer contigo las zonas de anidaje, de la *Eretmochelys imbricata bissa*, restringida a turistas.

Brenda, murmuras.

Escupes.

También bajaste de esos barcos; venías al funeral de tus padres. Y quién más, si no tú, Rivarosa, hijo único y pródigo, malagradecido, vuelto a disgusto.

Escuchas el ulular de una ambulancia lejana. Tal vez estés solo en la isla, refugiado en la casa de tus padres que ahora es tuya. Puedes sobrellevar la contingencia sanitaria, los víveres de emergencia serán suficientes. La primera semana es la más crítica. Sudas. A esta hora, el océano duerme el sueño que tú no logras.

Percibes el olor cítrico de la adolescencia: inspiras el vaho verde del limondulce, el astringente amargor de la toronja. En la peor etapa, Miguel, comenzaste a sentir esas fragancias. Cómo decirles a tus padres de los aromas frutales que sólo tú sentías, cómo explicarles la alerta permanente, saberte vigilado.

Ahora estás encerrado, resistiendo al contagio. Aseguras con tablones las ventanas libres, dejas una abertura para vigilar. A lo lejos, apenas el lenguaje indecifrado de los grillos otorga vida a la noche. Insomne, como los días con Brenda y sus pláticas interminables, escuchas el rumor marítimo al quebrarse: se lanzan al agua, no llegarán a la costa, estás seguro. Desde

tu juventud odiaste la isla, se te hacía poca cosa este pedazo gris, por eso a la menor provocación huiste y sólo la muerte prematura de tus padres te hizo regresar. Observas, a través de la rendija, el exterior con su lúgubre hábito de tinieblas. Respiras hondo y cierras los ojos tratando de cazar el sueño.

Sombras parecen rodear la casa. Buscan. Murmuras y pareció como si otro hubiera dicho palabras sin sentido. Cuando Brenda regresó el siguiente verano, sabías que era a quedarse, contigo Miguel, a pesar de tu precario estado de ánimo. Mientras los trámites corrían en los juzgados, tuviste tiempo suficiente para retomar viejas amistades, relacionarte con el director del Centro de Investigación para la vida silvestre más importante en la provincia. Si fueras subjetivo, dirías que todo el entorno se confabuló para que el amor a Brenda sucediera inevitable y aceptaras el puesto, como si también fuera parte de un destino a cumplirse en la isla.

Intentas dormir. Cierras los ojos y una explosión de círculos luminosos gira formando espirales en la negrura. Clausuraste las entradas. No permitirás que una enfermedad rompa la quietud de tu existencia. Desde el resquicio orientado hacia el muelle, esperas noticias que permitan enterarte de las buenas nuevas. Percibes los pasos sin rumbo de alguien huyendo de un vehículo motorizado. Desde niño aprendiste a descifrar los matices de las pisadas en la arena. No has logrado dormir, el fulgor de las luces no te abandona.

Has convertido la casa en una cloaca. Si alguien pudiera observar, doctor Rivarosa, tu condición actual: un jergón bajo la ventana, el suelo cubierto de ropa sucia. Moscas revolotean sobre latas vacías, un hedor lo satura todo. Brenda estaría metiendo orden para regresarte a la vida apacible y normal, sin pestilencias; borraría su nombre de las paredes pintado con suciedad. Brenda, quemadura perenne.

Epidemia, así se oyó en la radio, se ha extendido. La voz en el aparato informó

hace días de la evacuación de la isla. Eres de los que no lo lograron. Sin energía eléctrica se reducen las posibilidades de salir bien librado. El aire se rompe con el vuelo de un helicóptero. Quieres dormir y que al despertar encuentres, al abrir puerta, a Brenda.

Son alaridos, estás seguro. Respiraciones agitadas. Empujan la puerta. Se desgarran el aire con el eco del forcejeo. Golpes en la ventana. Alcanzas a distinguir sombras y destellos por la rendija. No soportas tu hedor; aprendiste de tus padres a evitar los baños públicos, cargar siempre un jabón, no beber en vasos de restaurantes ni tocar picaportes con las manos desnudas. Higiene. No es una estupidez, es higiene, peleabas con Brenda. Han colapsado los servicios de la isla. No hay aves que adviertan el peligro, dices y escuchas tu voz pastosa, como despegada de algún lugar muerto.

Respiras el olor cítrico que va y viene, atrapas los aromas que te acompañaron en la soledad adolescente. Entre podredumbre, oscuridad, hambre, todavía distingues las diferencias entre la toronja y la lima, la naranja y el limón. Imaginas entre los dientes cómo la mandarina se rompe y estalla en tu boca con su agridulce frescor. Y es suficiente para alejarte un momento de las amenazas, de los golpes y gritos aguardándote tras la puerta. Insomne, gruñes y aspiras.

Tocas tus costillas sin dificultad. La boca está plagada de costras y del sabor rancio del hambre. Afuera, las hojas forman remo-

linos con el viento que juguetea con ellas. Cierras los ojos, sientes las minúsculas extremidades que suben por piernas y pecho hasta la cabeza, caminan sobre el cuero cabelludo buscando el calor para depositar sus huevecillos. Gritas, rasguñas con furia, tus dedos se cubren de tibia humedad.

Descansas. La noche está llena de lamentos: los tuyos.

Quieres dormir, dormir.

Brenda es voz sin rostro que dice adiós a la patética rutina que sobrevives. El sononete del transformador de la calle ahuyenta el descanso ganado. No sabes cuánto tiempo dormiste. Te asfixia la ropa que arrancas a tirones. Miras por la rendija y un navío silba su llegada al embarcadero. Te alegra, pero dudas. Es la incertidumbre de las cosas fáciles. Una voz balbucea en la radio y apenas logras entenderla: informan sobre las nuevas medidas, solicitan presentarse a los módulos de salud instalados por toda la isla. Nada es tan simple, dudas.

El hedor de las cucarachas impregna todo. Las ves en su ritual de apareamiento: alzan las alas y retroceden torpemente, chocando con la basura del piso hasta encontrarse con otro cuerpo igual al suyo,

aplanado, que espera el momento oportuno para subir y formar una nueva silueta monstruosa. Maldices porque se ha llevado el olor de otros tiempos.

Mentiras. Te convences que todo es un ardid para eliminar a los últimos habitantes de la isla. Voces cruzan junto a la puerta. Alcanzas a entender el perifoneo: un circo anuncia su espectáculo seguido de risas de los niños. Te cubres los oídos. Es un engaño, dices en esa nueva lengua. Quieren desaparecernos, aléjense, gruñes. La luz penetra la rendija y se dibuja en la nube de polvo. Ignoras que tu mueca y los gemidos son llanto. Nada importa, ni la desnudez de tu cuerpo llagado y famélico, ni la esencia cítrica disipada.

Piensas en Brenda y sellas la última rendija de la casa.

El tercer hombre

GILDA MANSO

Resultó que el Edén tenía una entrada en el escote de Mónica; ella no lo sabía, o fingía no saberlo. El primer hombre que atravesó esa puerta enloqueció a causa de la maravilla y huyó a tierras menos generosas. Hay personas que no soportan lo imposible.

El segundo hombre recorrió el lugar, primero con asombro y luego con codicia, y quiso ser el dueño de semejante exquisitez. Mónica, que además de ser paradisíaca tenía un carácter de trazo grueso, lo expulsó para siempre.

El tercer hombre entró al jardín de las delicias y salió de él feliz, pero sin las exageraciones del muerto y del avaro. Mónica lo miró extrañada.

—¿No vas a decir nada del paraíso?

—¿Qué paraíso?— contestó él, acariciándola.

Mónica, por primera vez, suspiró con alivio.

Ser de palabras

GUADALUPE ÁNGELES

En homenaje a
Carson McCullers

Siento sus palabras como caricias. Sólo sé que nació en 1950, lo demás lo dicen sus ojos, su voz que llena este salón. ¿Por qué me suena como si estuviera "al borde de las consecuencias colmadas"? tal vez Rober Musil pudiera explicármelo, quizá sea porque él dijo "cada uno es la resurrección de los muertos y ese milagro se repite cada segundo"; sí, lo dijo al hablar sobre el amor, el sufrimiento y el nuevo milenio.

¿Desnudarse es renacer? Por eso le escribo:

1º de noviembre.

Maestro, ya sé que pueden ser sólo caprichos, delirios, fobias, los que me lleven a entregarle estas palabras que me atan inmisericordes a esa su manera de leer la poesía que sólo Dios sabe de dónde escribe usted y que al leer, escuchar, lleva a ser testigo de no sé qué debacle. Sólo quiero decirle ésto por ahora.

6 de noviembre.

Todos dicen que Maiakovski fue grande por la manera en que escribió poesía, no porque amara cierta filiación ideológica. ¿Usted ama el paisaje de su país, el sufrimiento hace mella en su corazón, por eso escribe?, escucharlo es hacerse actor, hacedor, espectador, mudo testigo (otra vez, sí, perdone) del fuego interior que se come toda pureza, o la elabora en lo profundo del alma?

Procuraré no usar ese tipo de palabras.

Reciba un abrazo.

14 de noviembre.

El rito de iniciación, antiguamente, consistía en pasar una noche entera en el monte a solas. ¿Bajaban locos o cantando? Visiones, dicen, los llenaban de electricidad que brotaba de sus bocas en forma de versos ¿absurdos?

Si esa es la manera ¿por qué hacer que su mejilla fuese el cielo estrellado? Estrellas nacidas del ácido, mi corazón dice que no es necesaria la disolución física para llegar a la disolución del espíritu en el sufrimiento del ser.

No me haga mucho caso.

Le saluda cordial...

18 de noviembre.

¿Qué es "logofágico"? Sí creo que el Paraíso excede al lenguaje, ¿por eso buscar el infierno? Porque es el único que admite nuestra palabra para ser descrito, de todas maneras, si no lo dijo, creo que bien pudiera haberlo hecho: "las flores gritan que nos aman".

Coincido.

25 de noviembre.

De acuerdo "a través de la Palabra (porque antes de ella no hay nada) se llega a la redención", pero quisiera saber ¿de qué debemos redimirnos? No admito aquello del pecado original, es demasiado injusto; suficiente castigo es morir para buscar redenciones temporales, precarias.

Soy quien se abraza a la sombra de un árbol, ese árbol es usted.

"Seré capaz de cruzar la noche".

28 de noviembre.

Ellos fueron muertos, calcinados, a las puertas del castillo de Montsegur, "ellos, que iban de dos en dos por los caminos", el campo de las cremaciones conserva la huella de su pureza.

Sin abrazarnos pudiésemos tal vez ir unidos por los caminos, ¿o tal vez sólo "al borde de las consecuencias colmadas"?

Una música viene de lejos o quizá sea el rumor que permanece tras las cremaciones.

Reciba esta noche un racimo de palabras incendiadas.

30 de noviembre.

"Todo es mar", yo ahora, solo en la orilla, me aventuro a sentir las caricias de las olas breves; temo el ahogo, aunque sé, debo morir a la que era, eso se hace siempre, lo interesante será hacer de esas muertes sucesivas la disolución en el mar que lo es todo, porque "todo mar es carnada"

Húmeda pues, sobreviviente, le saludo.

2 de diciembre.

¿Cómo hacer el sufrimiento transparente? Presiento que si le geografía es realidad y símbolo, es, naturalmente, el símbolo del mar que somos, el silencio que nos habita, ¿poesía se llama el acto de habitar esos lugares de palabras?

7 de diciembre.

Ese ser intemporal que somos, esa realidad onírica que creamos, en ese sitio, en ese cuerpo de palabras, es donde hoy le hago llegar un abrazo, sin pretextos, sólo para encender un fuego e iluminar esta noche.



Maritza Duarte Alcántara



Maritza Duarte Alcántara

Poemas de Brenda Alcocer

Pasión

La luz se precipita en danza
contorsiona sus claridades
azul, rojo y amarillo serpentean

Crepita la piel quemando los instintos
ígneas lenguas, ágiles devoran
la soledad, el miedo

in crescendo estallan,
purifican el alma
que iluminada emerge

Nupcias

azogue circular
rodea el corazón,
lo amordaza
inhibe la expansión de sus latidos

su olor a metal
pesado intento
de volver al éter

Ausencia

La noche se agiganta por la espera
desde el rencor insomne me sostengo
en el borde astillado de la vida

atado a mi memoria
tu recuerdo

piraña azul que me devora

11 de diciembre.

Me gustaría decirle que la palabra
primigenia hoy danza, iridiscente de pureza,
en la palma de mi mano; pero no puedo,
hoy sólo elevo un canto, busco una plegaria
para entender lo breve de ser, este ser que
soy, en esta noche.

Como siempre le abrazo.

14 de diciembre.

Quizá el sentido de la realidad es sólo
permanecer vivos para inventar maneras
de hablarnos, de tocarnos con palabras.
Sé que "si te niegas a la muerte te niegas
a la poesía", pero no sé cómo "la unidad
en el mito es el símbolo". ¿Estaremos hablando
sólo de transfiguraciones? Quiero transfor-
marme entonces, ser el viento de la noche,
esta noche, que a través de la ventana enfríe
su rostro, deje un gélido símbolo en su mejilla.

Fría entonces, voluntariamente, le
habito.

17 de diciembre.

Recuerdo esa sensación que luego fue
una máscara, tras ella asomaban mis ojos
para ver al mundo, era tejida de palabras,
sensaciones y recuerdos, no sé en qué
momento mi piel se adhirió a la máscara y
me quedé sin rostro; soy una mirada, lo que
es decir una interrogación, no una mentira,
una pregunta.

Hoy me guardo de preguntarle, le
dejo sólo la sensación de un mirar sobre
su rostro mientras lee.

21 de diciembre.

Hierbas, flores, gusanos, ¿ha visto
ese cuadro donde mínimas criaturas pacen
detrás, en un paisaje inmenso? Dicen que
en ellas se advierte la presencia de lo divino.

Pero esto es mejor: "La creación es
una danza divina que, siendo, expresa
su energía desbordante."

Hoy, diminuta, le saludo desde el
castillo de arena donde, me han dicho,
crear y destruir es lo mismo, porque todo
es un juego: ¿el juego de vivir?

23 de diciembre.

"Somos (lo repito solemnemente)
parte del Universo, de su Fuerza Crea-
dora", desde allí hoy, con brazos de
huracán, le abrazo.

2 de enero.

Estoy contigo en este país frío, a orillas
del mar, tú me enseñaste que todo es mar,
en sus aguas hoy te beso.



Ahora

Ahora

Ahora es sólo la noche
el latido
múltiple en la arritmia
están los gritos que no cesan
el aliento se corta
desfallece el sueño
todo es blanco
el delirio es un dato
no se comprende el bosque
la duda sin nombre
el sudor en medio del frío

Ahora no hay después
ni mañana ni el mañana
ni sacrificio por el porvenir
ni día siguiente
ni siquiera el insomnio del ahora

OSCAR SAURI BAZÁN

con insectos venidos de los sueños
y payasos y circo y sobresaltos
ahora es el ágora copada por el márquetin
el arlequín sardónico del tedio
en el rostro común de los adolescentes
Ahora no es hoy
es quizá un ayer incontenible
como el orín de los borrachos
No lo sé hay basura
sólo me veo dormir en el insomnio
no dormir en noches blancas
y al despertar o al soñar verme
en el medio de un monte oscuro
deshabitado de gente
pero sudando helado y muerto y vivo

In Memoriam

El Centro Yucateco de Escritores, A.C. comparte el duelo que este año envolvió a la cultura de México y en las letras universales por la pérdida de varios de sus oficianes consagrados.



Mario Benedetti

Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia. Paso de los Toros, 1920 - Montevideo, 2009. Más conocido como Mario Benedetti, fue un escritor y poeta uruguayo integrante de la Generación del 45, a la que pertenecen también Idea Vilariño y Juan Carlos Onetti.

Su prolífica producción literaria incluyó más de 80 libros, algunos de los cuales fueron traducidos a más de 20 idiomas. En marzo de 2001 recibió el Premio Iberoamericano José Martí en reconocimiento a toda su obra. En su obra poética se vieron igualmente reflejadas las circunstancias políticas y vivenciales del exilio uruguayo y el regreso a casa: *La casa y el ladrillo*, 1977; *Vientos del exilio*, 1982; *Geografías*, 1984; *Las soledades de Babel*, 1991. En teatro denunció la institución de la tortura con *Pedro y el capitán* (1979), y en el ensayo ha hecho comentarios de literatura contemporánea en libros como *Crítica cómplice* (1988). Reflexionó sobre problemas culturales y políticos en *El desexilio y otras conjeturas* (1984), libro que recoge su labor periodística desplegada en Madrid.

Blanca Varela

Blanca Leonor Varela Gonzáles. Lima, Perú, 1926 - 2009. Fue galardonada con premios importantes de poesía, como el Octavio Paz de Poesía y Ensayo (2001), el Internacional de Poesía Ciudad de Granada Federico García Lorca (2006), convirtiéndose en la primera mujer en obtenerlo y el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2007).

"Yo no tengo un espíritu crítico, pero sí autocrítico, es decir, corrijo mucho. Siempre hago una poda exhaustiva;



recorto lo superfluo, lo que no sirve para expresarme. Pero eso es diferente a que yo tenga algo que decir sobre mi poesía; solamente escribo y no puedo hacer crítica sobre lo que hago. Eso se le dejo a los lectores y a los estudiosos. Pienso que cada persona tiene un gusto, una medida: hay poetas que hacen crítica, otros que no, así como hay autores que me gustan, otros que no; hay quienes hacen una obra de tal o cual forma. Yo sólo trato que mi poesía sea poco convencional."

El hecho que algunas de sus obras hayan sido traducidas al alemán, francés, inglés, italiano, portugués y ruso implica un reconocimiento a su obra fuera de las fronteras de su Perú natal. Ha sido condecorada con la Medalla de Honor por el Instituto Nacional de Cultura del Perú.



Pablo Latapí Sarre

Pablo Latapí Sarre. Ciudad de México, 1927 - 2009. Doctor en filosofía y pionero de la investigación educativa en México. Realizó por más de 40 años investigación educativa que difundió en más de 30 libros. Desde 1985 fue miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel III). Fundó y dirigió durante 10 años el Centro de Estudios Educativos en 1963. Entre sus publicaciones se encuentran: *Adelante con Brío*; *La SEP por dentro*; *Un siglo de educación en México*; entre otros.

Recibió diversos premios como los Doctorados Honoris Causa otorgados por la Universidad de Colima, la Universidad de Sonora, la Universidad Autónoma Metropolitana y el CINVESTAV del IPN.



Idea Vilariño

Idea Vilariño. Montevideo, 1920 - 2009. Poeta, ensayista y crítica literaria uruguaya perteneciente al grupo de escritores denominado Generación del 45, junto con Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti, entre otros. Dentro de sus facetas menos conocidas se encuentran la de traductora, compositora y docente.

Vilariño fue una de las más destacadas figuras del mundo de la poesía uruguaya, con sus creaciones líricas reunidas en obras como *La suplicante*, *Poemas de amor*, *Nocturnos y Poesía*.

Macario Matus

Macario Matus. Juchitán, Oaxaca, 1943 - D.F. 2009. Periodista y escritor mexicano. Como director de la Casa de la cultura de Juchitán promovió el intercambio cultural entre artistas mexicanos, internacionales y de esa región de Oaxaca, durante una época política controvertida, cuando Juchitán fue el primer municipio ganado por la izquierda en México. Para algunos su poesía es erótica aunque otros la califican de pornográfica. Actualmente se desempeñaba como crítico de arte y dirigía el Centro Cultural Juchiteco, en México, D.F. Fue fundador de la Asociación de Escritores en Lenguas Indígenas, una organización autoral pionera en su género. Su obra está escrita en castellano y zapoteca.

Publicó más de 20 libros, entre los que destacan: *Los zapotecas* (Binni záa), *Palabra desnuda* (1977) y *La Noche de tus muslos* (1986). En sus versos en español y zapotecó destaca la relación entre el hombre y la naturaleza, así como la visión cosmogónica, propia de los pueblos indígenas.



Macario Matus, un poeta de la belleza y de la vida

JUDITH SANTOPIETRO

Macario fue un gran defensor de la cultura zapoteca y de la tradición oral. Un escritor que figuró como personaje en novelas de Roberto Bolaño y Elena Poniatowska. Impulsor del movimiento que hoy se conoce en México bajo el nombre de 'literatura indígena', un ser autocrítico que repensó el adjetivo 'indígena' desde lo cosmopolita al considerar que la literatura sólo contenía una condición: la universalidad del lenguaje.

Su poesía refleja ampliamente la característica erótica de los binni zaa, un pueblo que expresa la sexualidad en el arte, la música, la literatura y la fiesta. Recuerdo a Macario leyendo su poemario *Lemura* con esa sonoridad del zapoteco traspasada a la lengua española; lo recuerdo bailando en Las Velas juchitecas hasta el amanecer; en el Salón Corona de la Ciudad de México, narrando anécdotas de los escritores infrarrealistas, de su entrevista a Borges y de su preocupación por el reto de las nuevas generaciones por preservar su idioma.

Como incansable guerrero, inició un proyecto en la Ciudad de México con el fin de que su cultura floreciera aún más por estos años, pero Macario murió el 6 de agosto de 2009, aún sin verlo concretado. Hoy el espacio recibe el nombre de Yoo, Centro Cultural Macario Matus, en honor a sus aportaciones valiosas al fortalecimiento del idioma diidxazá.

Él me enseñó que para los zapotecas la muerte es mera alegría; que la vida, tal como la poesía, es un intenso presente que se vuelve intemporal y universal, expresado en aquella frase de una canción zapoteca: *Guennda náabani sicarú*, la belleza y la vida. Su despedida se convirtió un gran festejo. Se dice que a Juchitán llegaron pintores, poetas, músicos y gente del pueblo quienes hicieron guardia ante su féretro en la Casa de Cultura que dirigió alguna vez. El gran poeta vivirá más que la eternidad y regresará al lado de los dioses zapotecas a beber lo sagrado.

Enriqueta Ochoa

Enriqueta Ochoa. Torreón, Coahuila, 1928 - Ciudad de México, 2008. Dejó un libro en puerta, *Diccionario de imágenes poéticas de la poesía mexicana del siglo XX*.

Su poesía explora la religiosidad, el misticismo y los arrebatos humanos que nacen de los impulsos que inspiran el encuentro con mundos desconocidos, como el sueño y la muerte.

Publicó su primer libro en 1950, *Las urgencias de un dios*. Casi 20 años después, publicaría *Los himnos del ciego* (1968) y el poema *Las vírgenes terrestres* (1970), donde reflexiona acerca de los problemas vitales desde su perspectiva femenina.

Antes que cumpliera 50 años, sucedió en su vida lo que ella llamaba "una avalancha de muerte": al repentino fallecimiento de su padre, le siguió el de su madre; motivo por el que su hermana se suicidaría. Su hermano moriría poco después a causa de una enfermedad relacionada al alcoholismo en que se sumergió. Con ese impulso vital surge *Retorno de Electra* (1978), uno de sus libros más significativos.

Un poema escrito en un intenso momento de arrebato en que el dolor, concentrado durante años, fue expulsado:

Para volverte a hablar / tuve que llenarme de aire / los pulmones. / Y cuidar que no se me encogieran las palabras, / el corazón, los ojos, / porque aún se me deshacen de agua / si te nombro.



Guennda náabani sicarú

A Macario Matus y su espíritu zapoteco que va hacia todos lados.

Veo tu larga cabellera enredada en los listones
los peces con su piel de plata

al sol

parecen un espejo
de tus pómulos salientes,
recorres las calles
con tu cuerpo de flores hiladas

una tarde de calor

tan intrépido
igual que si buscaras a tientas en la oscuridad
tu primer rostro.

Veo desde aquí la orilla última del agua
y nuestra esperanza de remar

una vez más

sobre las piedras:
porque la belleza y la vida,
guennda náabani sicarú,
en un año como éste,
serán de buscarlas bajo las enramadas
o en las confines de nuestros recuerdos.

Saldos

CARLOS MARTÍN BRICEÑO

Para Eusebio Ruvalcaba

Lo valía, claro que lo valía. Bastaba ver el departamento, abandonado, con la computadora siempre encendida. Cuatro meses habían transcurrido desde la tarde del rompimiento y, salvo por algún telefonema para acordar trámites legales, no volvieron a encontrarse. Tenía que recuperarla.

Tomó valor y con el pretexto de aclarar detalles pendientes de la separación, la invitó a almorzar al restaurante italiano que tanto les gustaba. No había regresado a ese lugar después de la ruptura, pues le provocaba ansiedad pensar que el dueño, un viejo veneciano que solía sentarse a platicar con sus clientes habituales, pudiera cuestionar los motivos del divorcio.

Encendió un cigarro, dio una honda chupada que le llenó los pulmones con el sabor familiar de los Benson y ya en calma, paseó la mirada por este parque colmado de fresnos a cuya sombra se guarecían amantes, paseadores de perros, ancianos practicantes de tai chi. El ruido del motor de un trailer que cruzó por la calle lo sustrajo de la placidez de esta isla vegetal que parecía flotar en el concreto. Exhaló. Desde la banca de hierro donde decidió esperar en tanto llegaba Julieta, podía observar cómo iniciaba el movimiento en el *Vucciria*: el ir y venir del dueño dando órdenes a los meseros todavía en mangas de camisa, la lucha de un mozo contra dos grandes sombrillas para resguardar del sol al único par de mesas donde era posible comer *al fresco*, la meticulosa labor de una joven de audaz melena roja encargada de limpiar las copas antes de colgarlas en el techo acanalado del bar. Sí, había cambiado. Era capaz de fijar la atención y disfrutar detalles que antes le hubieran pasado desapercibidos y Julieta tendría que notarlo. Aspiró con fuerza su cigarro, lanzó el humo hacia arriba y visualizó la primera vez que vino con ella: jovencísima, sonriente, la hilera de dientes de blanco hielo, perfecta, el pelo recogido en una cola de caballo, de nuevo llevándose a unos labios muy pintados la primera copa de Brunillo.

A punto de encender otro cigarro con la colilla del tercero la descubrió. Vestía de rojo, el rostro cubierto por grandes lentes oscuros. Con esa falda cuya abertura dejaba



Larga y paciente fue mi espera / Rigel Solís Rodríguez

sus pantorrillas al descubierto, el cuerpo del hombre reaccionó. Evocó el aroma de su pelo, el olor de su piel, el manso sabor de sus muslos. Sólo pensar que en caso de perderla otros gozarían de esa visión de labios húmedos y pródigos pechos, su respiración se agitó. Conteniéndose se puso de pie, aplastó con el zapato la colilla encendida y caminó al encuentro de su exmujer. Tenía que recuperarla.

Escogió la mesa de siempre, la que miraba hacia el parque, junto al ventanal permanentemente abierto. Te ves muy bien, dijo, mientras la ayudaba a tomar asiento. Ella esbozó una sonrisa tensa, acompañada de un gracias que él interpretó como un buen augurio y se alegró de haberla llamado.

Por eso no se alteró cuando, al encender un cigarro, el mesero le hizo señas de que lo apagase. Observó al muchacho de arriba abajo: ya he fumado antes aquí, reclamó en tono cortés pero firme. Es por la nueva ley, sólo se permite afuera, dijo, y señaló las mesas que para entonces, ya estaban ocupadas. El hombre quedó en silencio, pensar que no probaría tabaco durante toda la comida le hizo sentir una repentina sudoración. Intentó calmarse: "Soy un individuo superior a mis emociones, dueño de una inteligencia y serenidad suficientes para aceptar las cosas imposibles de cambiar",

tal como había aprendido en sus sesiones de terapia grupal.

Si quieres nos vamos, intervino Julieta, al percibirlo incómodo, pero él se negó, argumentando que no era para tanto. Eso sí, en caso de que alguna mesa de afuera se desocupe, cámbienos, le advirtió al mesero.

Ordenaron los platos de siempre. Ñoquis en salsa gorgonzola para él, *Tagliolini frutti di mare* para ella. El camarero sugirió un tinto suave que el hombre aprobó sin consultar a su pareja. Previsiblemente, al descubrirlos, el veneciano vino a sentarse con ellos y permaneció largo rato enfrascado en una conversación intrascendente. Julieta parecía disfrutar en verdad la plática del viejo; de cuando en cuando reía con sus ocurrencias. El hombre, en cambio, escuchaba sin el menor interés, desviando ocasionalmente la vista hacia el parque, llevándose la mano al bolsillo para apretar el Zippo y la cajetilla de Benson. Finalmente, cuando llegaron las pastas y el italiano abandonó la mesa, el hombre sorbió un largo trago de vino y soltó en voz alta: Por fin se largó, ya no aguantaba a ese pendejo, que hizo voltear al resto de los comensales. El silencio se esparció en la suave atmósfera del *bistro* como un peligroso derrame de amoníaco. Por segundos, la música lastimera de Cassandra Wilson, sin rumores ni

bisbiseos, fue lo único que se escuchó. En el rostro de Julieta el reflejo de su blusa parecía haberse acentuado. ¿Para esto había venido? ¿Para volver a pasar vergüenzas? Al momento cruzó por su cabeza la idea de levantarse y dejar al que fue su marido con la palabra en la boca, pero hacerlo significaba echar a perder esta oportunidad. Prefirió mantener los labios sellados y mostrar con su mutismo que entre ellos, desde la ruptura, venía abriéndose un irrevocable abismo.

El silencio predominó durante el resto de la velada. Él casi no comió. Necesitaba un cigarro. Las manos inseguras, las axilas humedecidas, la atención distraída en la actividad de las mesas de afuera. No recordaba ya las cuidadosas palabras que había pensado utilizar para hacer convincente su propuesta de reconciliación. Infructuosamente trató de aferrarse a las normativas de su programa de recuperación, pero su plática quedó reducida a leves asentimientos. Le urgía fumar. Y justo cuando se hallaba más ansioso, como si se tratara de despejar la mesa para un tema de negocios, la mujer alejó su plato y puso sobre el mantel una factura y su Montblanc. Él

la miró extrañado, interrogante. Julieta explicó con voz pausada que lo único que pretendía era evitarle problemas. Necesitaba que le endosase la factura del Bora.

¿Había escuchado bien? ¿Le estaba pidiendo que le regalara formalmente el auto? Se limpió la frente sudorosa con el paño, sorbió de su copa y permaneció con la vista fija en el escote donde nacía el deseo. Tomó la pluma y, sin decir palabra, estampó su rúbrica en el reverso del documento, seguro de que esta acción tendría su recompensa en la cama.

Mañana mismo hago el cambio de propietario, anunció ella, altiva, guardando con parsimonia la factura en su bolso. Él imaginó que muy pronto volvería a gozarla, a dominar esas caderas, a saborear su sexo. Y como si hubiera despertado de un letargo, tomó la mano de Julieta, le acarició el dorso, se inclinó para besarla y dijo: Cuánto te he echado de menos.

La mujer rehuyó la caricia. No quería ninguna confusión. Pero él, sin acusar el rechazo, insistió: ¿Vienes al departamento? Hubo una larga, nebulosa pausa. El rostro

de ella se descompuso: No tiene caso, conocí a alguien, dijo.

Fue entonces cuando él se dio cuenta que afuera, otros, no ellos, ocupaban ya una mesa que recién quedó libre. Enrojeció de coraje y llamó a gritos al mesero. Julieta se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, conocía de sobra esos presagios de destrucción. Trató de calmarlo, pero el hombre ya no la escuchaba: herido por la inesperada confesión se puso de pie y volteó violentamente la mesa. El estruendo de cristales y cubiertos contra el piso produjo que los comensales próximos se levantaran alarmados, mientras que el camarero, acercándose, llamaba a gritos al dueño. Todo sucedió en segundos. Al cabo varios meseros lo sujetaban; el veneciano, entre insultos y amenazas, ya sin ningún tipo de consideración le exigía calma. En medio de aquel caos el hombre alcanzó a ver cómo Julieta cruzaba, indiferente, la calle y subía a un mini Cooper rojo.



Fragmento

PATRICIA MEDINA

Instalación foránea

Instalación foránea

bendiga dios esta ceniza

y la nube oscura
que persiguen los niños
los dardos que bautizan la tierra
y sus enormes cuarteaduras
la máquina que sabe deletrear el mudo
las altísimas montañas
y su verderío inexplicable
estos ojos que amasan las formas
los números que se cuecen
adentro de termómetros
el cristal sometido
entre pecho y garganta
la garganta que nunca supo
someter al ruido
el ruido con sus restos
de sombra pisoteados
bendiga dios la esquirla
que no ha encontrado el ciego
la palabra que se levanta
a escribirse en ramas
el alimento que los pájaros desdeñan
esta noche de instalación foránea
para el arte de ser

sin zapapico
sin glosario
sin antiguo ni nuevo testamento
sin ensueño puntual
que imagen tras imagen
acumule el otoño y lo señale
con su índice multiplicador
bendito sea el suceso luego del bochorno
la culpa, la anestesia y la ignorancia
el acta del suicida incompetente
el sueño abrupto
el despertar incauto
las confesiones detrás de la madera
la identidad y su nonagésimo aniversario
de miseria e intento nulo
alrededor del ocio las abuelas
restauran uñas rotas
con agujas de palo
y vuelven a esperar el autobús
del siglo veinte
con paradas precisas al asombro

La rampa

CARMEN SIMÓN

Encontramos a Nacho en calzoncillos frente a la estufa. Con las manos se aferraba a los bordes laterales y la cabeza caía vencida entre el hueco de sus brazos. La única luz de la habitación y del resto de la casa era la que ofrecía el fuego azul de las cuatro hornillas encendidas y un tímido claro que del exterior lograba colarse por entre las delgadísimas cortinas de la ventana. Eran las dos de la mañana.

La escena provocó que la sangre se me fuera a los pies y que me quedara inmovilizada por unos instantes. Alberto pasó decidido y vi su figura grande acercarse a la de Nacho; me llamó con el agitar de su brazo rompiendo mi inmovilidad.

—Hace un frío del carajo, Nacho, vamos a vestirte para ir al hospital— dijo Alberto con un tono firme que acentuó su voz gruesa y clara.

Nacho fue levantando poco a poco la cabeza. El cabello rizado, casi del todo gris, revelaba en su aspecto enmarañado horas de desesperación. Primero fue emergiendo la frente, al tiempo que su nariz larga la representaba primitivamente una línea de luz; en pocas horas las arrugas se mostraban como surcos cincelados. Después fue apareciendo la curvatura de los párpados vencidos; cubrían buena parte de los pequeños ojos que, hundidos casi al punto de perderse en el abismo de la cuenca, eran circundados por unas oscuras ojeras. La boca delgada, casi femenina, apretaba una mueca de dolor que le impedía hablar. El resto del cuerpo, en búsqueda de un poco de calor, temblaba. Meneó la cabeza de un lado hacia otro negando e intentó soltar los brazos, pero sus piernas le advirtieron doblándose que no serían capaces de sostenerlo. Alberto adelantó un paso y extendió las manos en un ademán instintivo por sostener el cuerpo de Nacho, aunque él volvió a aferrarse a los costados de la estufa. Yo miraba la escena y, aunque inmóvil en mi exterior, una turbulencia interna me desplazaba hacia la figura de un delirio. Comencé a sentir miedo. Rápidamente Alberto se quitó el abrigo largo de lana que traía encima del pijama y que, a excepción de su sombrero de fieltro gris, era lo único que había alcanzado a ponerse. Los pies los traía enfundados en unas viejas y gastadas pantuflas que parecían sufrir de sarna.

—No hay nada que discutir, vamos a llevarte al hospital, estás grave— ordenó Alberto, asumiendo naturalmente una posición de mando. Me extendió el abrigo y luego llevó sobre su hombro el brazo izquierdo de Nacho; en medio de varias maniobras difíciles se lo puse, y luego echada en el piso, también le calcé sus huaraches. Pude sentir entre mis manos unos pies gruesos y ásperos; terrosos y abandonados de todo cuidado. No me sorprendió recibir desde ahí el olor ácido y penetrante de los corrales. Al incorporarme escuché débilmente de labios de Nacho:

—Mis lentecitos, Sara, mis lentecitos.

Me incorporé y busqué los lentes por encima de la mesa de madera y del resto de los escasos y modestos muebles de la habitación que servía de cocina, de comedor y de sala; no los hallé. Tuve intenciones de buscar en el resto de la casa, pero Alberto me advirtió que no perdiéramos tiempo.

Eché sobre mis hombros el otro brazo de Nacho y el mío lo crucé por su espalda para ayudar a sostenerlo, tal y como también lo hacía Alberto. Nacho protestaba sabiendo lo inútil de su resistencia y dramáticamente pedía del mismo modo tanto sus lentes como el que lo dejáramos morir tranquilo en su casa. Los diminutivos característicos de su tono cobraron un aire lastimero; mendigaba nuestro respeto a su decisión que nosotros, en el papel de los buenos, traducíamos en una suerte de asesinato.

Salimos de la casa y, mientras nos acercábamos hasta el auto, el Naranjas y el Tomillo —los dos perros pastores—, nos custodiaban con sus lamentos a la par de su amo. Hasta me estremeció escuchar el crujir de la grava de la pequeña vereda que a nuestro paso lanzaba voces plañideras. El pecho me percutía a un ritmo acelerado. El miedo crecía pensando en que Nacho pudiera morir en el camino; tampoco quería que muriera en mi auto. No era él un amigo entrañable pero, ciertamente, en los pocos meses de conocerlo había desarrollado una simpatía hacia su persona y más todavía un gusto tremendo por su relación con los animales del rancho, que me recordaba una buena parte de mi infancia ligada a mi padre y al campo. La aspereza de su trato, mal disfrazada con su hablar en diminutivo, se desvanecía mientras Nacho se encontraba entre sus animales. Lo había visto alegremente transformar una cubeta galvanizada en una gran mama tibia, de múltiples ubres, para alimentar al mismo tiempo a seis becerros glotonos. Lo vi también abrazar a un becerrito de escasos días y tumbado sobre la tierra, darle biberón, como si fuera su madre.

—Sólo te falta tejer chambritas— le decía yo riéndome, pero profundamente conmovida. Él sólo entrecerraba los ojos y ensanchaba su grueso cuerpo ignorándose.



Maritza Duarte Alcántara



Detuve la mirada en su rostro pálido y, sin pensarlo, apreté su mano que caía por mi hombro; quizá era una forma de darle fuerza a mis palabras:

—No puedo dejarte así nomás, Nacho, y que te mueras; mañana verás las cosas distintas. Anda, sé bueno y sube al auto.

Los dolores que Nacho sufría no nos permitieron recostarlo sobre el asiento trasero; ni siquiera sentarlo. Se tuvo que colocar en cuatro patas, posición que aumentó su sentimiento de humillación. El goteo involuntario de la orina había rebasado sus calzoncillos y comenzaba a caer sobre la vestidura de tela del asiento. Veíamos caer, también, su dignidad. El olor a orines comenzaba a invadir el auto y, a pesar del frío, bajé la ventanilla de mi puerta, pero de inmediato Alberto protestó y no tuve más remedio que cerrarla.

Arranqué rogando que los cuarenta minutos de camino que nos separaban de la ciudad no nos condujeran a la fatalidad; pedía que mágicamente se acortara. Ni Alberto ni yo pronunciamos palabra por varios minutos. Nacho insistía y machacaba nuestros oídos con un ruego inútil porque lo dejáramos morir con dignidad en su casa.

Me sacudían sus palabras y dudaba que estuviéramos haciendo lo mejor. Después de todo, qué derecho teníamos de pasar por encima de su voluntad aprovechando su vulnerabilidad y sometiéndolo a lo que

él consideraba una humillación que no estaba dispuesto a soportar. Sin embargo, me atacaba también la idea de imaginarlo a sus sesenta años muerto en medio del rancho; sus animales huérfanos, sus becerros sin tetas de donde mamar, y sus cactus cerrando flor en señal de duelo. El Naranjas y el Tomillo formarían con sus aullidos parte del cortejo fúnebre. Después me hice a la idea de que todo su discurso era el desahogo que no se permitía a los hombres por medio del llanto. El dolor debía de ser atroz y soportarlo no era humano; debería estar como La Dolorosa entre sudores y lágrimas y mocos. Lo peor de todo es que mi egoísmo era lo que me hacía conducirme así; yo no podía cargar con la culpa de su muerte y eso era lo que verdaderamente me atormentaba.

La carretera era buena, de concreto, pero sin iluminación. Manejar nunca me ha gustado, aunque lo haga con habilidad, pero manejar de noche me provoca un temor irracional haciéndome perder por completo la seguridad. Conducía con las manos apretadas al volante y forzando las mandíbulas. Sentí entonces la mano tibia de Alberto sobre mi pierna derecha. Lo miré y encontré sus ojos claros, grandes y plenos de seguridad. Apretó un poco mi muslo entre sus dedos y una sensación placentera rezagó los temores. Me sentí mejor. Seguimos así el resto del camino y el placer que me ofrecía esa mano grande y tibia se me confundía entre las culpas, el olor a orines y los

lamentos de Nacho. En el fondo deseaba estúpidamente que el camino se alargara; las luces de la ciudad anunciaron lo contrario.

Alberto me fue indicando la ruta para llegar al hospital de la Cruz Roja y, por fin, pude ver con alivio el letrero luminoso de "urgencias" del edificio hospitalario y ahí mismo me estacioné. Como no hubo nadie quien nos recibiera, Alberto se bajó rápidamente del auto. La luz blanca de neón de la puerta de entrada me hizo evidente su aspecto, que hasta ese momento me había resultado de lo más natural. Iba con su pijama de franela a rayas azules en distintos tonos, su sombrero gris y las pantuflas sarnosas. Claro, si yo había llegado a su casa poco antes de la una y media de la mañana apresurándolo para ir a rescatar a Nacho. Alcancé a murmurar un "icoño, van a creer que está loco!", cuando atravesó las puertas de emergencia. Unos tres o cinco minutos después regresaba empujando una camilla solo y frunciendo el ceño. A grandes voces me decía:

—¡No hay camilleros! ¡Tenemos que ingresarlo por la puerta principal para que lo atiendan!

Me bajé del auto y abrí la puerta trasera para sacar a Nacho, que se resistía a bajar agarrándose de los cinturones de seguridad del asiento. Alberto abrió la otra puerta y logró soltar sus manos, momento que aproveché para jalarlo de la cintura.

Entonces La Dolorosa fue minúscula ante sus gritos de dolor. Lo solté asustada. Sin perder la calma, Alberto arrastró la camilla hacia este costado del auto y me hizo a un lado. Con una mezcla de órdenes y ruegos logró bajar a Nacho y hacerlo subir a la camilla, aunque en vez de acostarse se puso de nueva cuenta en cuatro patas. Alberto me señaló un lateral de la camilla hacia el frente donde me coloqué y él tomó el extremo de la cabecera desde donde comenzó a empujar hasta llegar a la puerta principal. Entramos a los pasillos blancos, largos y abandonados, fantasmales; me indicó que debíamos subir hasta el primer piso por la rampa, pues no existían elevadores. Tratamos de iniciar el ascenso, pero la pendiente resultó excesiva para nuestras fuerzas y nos echaba hacia abajo. Nacho volvió a quejarse y, mientras dábamos marcha atrás, nos dijo que éramos unos cabrones y exigió que lo bajáramos, pero no le hicimos caso. Alberto consiguió detener la camilla y yo hice otro poco agarrando el extremo opuesto. Con cierta contrariedad, pero tratando de mantener la calma, Alberto me pidió volver a colocarme a un costado de la camilla y en la parte del frente, agarrando con fuerza el barandal para ayudarlo en el impulso hacia arriba. Nacho insistía en que lo bajáramos y su voz me aturdí. Alberto dio la orden de ¡empújale, Sara! y los dos intentamos trepar la pendiente con los mismos resultados estériles que antes y las protestas desesperadas de Nacho, que repetía:

—¡Cabrones! ¡Cabrones! ¡Déjenme en paz; no tienen derecho!

Vi que el rostro de Alberto comenzaba a enrojecer y que, a pesar del frío, ya se le notaba el sudor en la frente. Yo también sudaba y sentía que la espalda se me humedecía. Fue cuando a Alberto se le ocurrió separarse dos o tres metros del inicio de la pendiente para que tomáramos impulso y pudiéramos subir. Vino de nueva cuenta el ¡empújale, Sara! Con el impulso tomado en la recta y con todas nuestras fuerzas logramos llegar al inicio de la loma de la pendiente que, furiosa, nos lanzó hacia abajo. Yo iba prácticamente colgando del costado de la camilla y con la punta de los zapatos trataba inútilmente de frenar la carrera hacia abajo, mientras Nacho se agarraba de los barandales de la camilla y pedía auxilio desesperadamente. Alberto tuvo que subir parte del cuerpo a la camilla, para no ser atropellado. En un momento, resultó que los tres íbamos arriba de la camilla y que era la mismísima camilla la que conducía. Al llegar a la recta Alberto bajó los pies para



meter freno, aunque lo único que logró fue reducir en algo el impacto contra la pared. Yo no lo podía creer. No podía creer que estuviera a eso de las tres de la mañana luchando por trepar una camilla con un hombre en calzoncillos cubierto a medias por un abrigo y lloriqueando en cuatro patas, y otro más con su pijama rayadito y el rostro encendido, pero colocándose el sombrero que unos segundos antes recogiera del piso, como si se colocara la dignidad perdida en la caída. Tampoco podía creer que nos encontráramos en la Cruz Roja y que, a pesar del escándalo, nadie asomara. ¿Qué era todo esto? Sentí cómo el sudor me corría por la espalda y cómo el corazón agitado le restaba fuerzas a mis piernas. De pronto comencé a reírme; primero discretamente y luego ya fueron francas carcajadas que iban en aumento y que me doblaban obligando a abrazarme del estómago.

Alberto se acercó hacia mí con lentitud y me tomó del brazo con fuerza. El ataque de risa disminuyó y me sentí un poco avergonzada, aunque no lograba controlar del todo las risitas. Me miró fijamente a los ojos y me exigió un nuevo intento echando todas nuestras fuerzas. Entonces me enojé y mis protestas se unieron a las de Nacho, pero fue inútil. Alberto ya se encontraba en posición de arranque y yo me imaginaba que amaneceríamos los tres hospitalizados. Nacho me suplicaba que no le hiciera caso

a Alberto, pero yo ya estaba de nueva cuenta en mi posición; no podía nada contrario a la voluntad de Alberto. Eso era clarísimo. ¡Empújale, Sara! volví a escuchar y tomamos vuelo en una recta mayor que la anterior. No sé de dónde sacamos la energía necesaria, pero casi milagrosamente ya nos habíamos posesionado de la joroba de la rampa y arribábamos al primer piso acompañados, por supuesto, de los gritos de Nacho. Unos metros más adelante, sobre el pasillo, vimos una habitación iluminada y hacia allá nos dirigimos. Al entrar encontramos a un minúsculo hombre joven, chaparro y vestido con una bata blanca percutida y con un estetoscopio colgando del cuello. Su piel morena y su ralo bigote negro contrastaban fuertemente con el color de su vestimenta. Nos indicó que pusiéramos la camilla con el enfermo entre dos cortinas que hacían las veces de consultorio. Cuando se acercó a la camilla, Nacho en cuatro patas y con el abrigo abierto que lo exhibía en calzoncillos, le gruñó:

—¡Si me tocas te mato, cabrón!

El joven médico dio un paso atrás. La figura de Nacho bien podía evocar la de un mastín herido, por lo que se dirigió a Alberto preguntando con cierto tartamudeo:

—¿Qué le pasa?

—Es la próstata— respondió con naturalidad, mientras extendía las palmas

de las manos y abría y cerraba los brazos en un ademán de entendimiento, y agregando— tiene que ponerle una sonda para evitar que colapse la vejiga.

Entonces él meneó negativamente la cabeza y respondió con su tartamudeo:

—No puedo, soy pasante, y no contamos con médico de guardia. Llévelo a otro hospital.

Nacho sintió que sus ruegos por fin habían sido escuchados y que pronto saldríamos de ese lugar. No estaba tan equivocado.

—¿Cómo es posible que no sean capaces de atender una urgencia en la Cruz Roja?— le pregunté indignada en forma de reclamo al hombrecito de blanco que antes creí médico, pero como respuesta recibí simplemente un alzar de hombros.

—Consígame una sonda estéril y una cubeta —intervino Alberto—, yo lo canalizo.

—No, por favor, no sean malitos, llévenme a mi casa y déjenme morir en paz— pidió lastimeramente Nacho por enésima vez.

—No tenemos ese material— dijo con simpleza el hombre de blanco.

—¡Vámonos!— ordenó Alberto, y comenzó a empujar la camilla.

En silencio recorrimos de regreso el pasillo y al llegar a la rampa, que ahora nos tocaba de bajada, Alberto instruyó con serenidad:

—Desde este mismo extremo entre los dos sujetamos la camilla y la hacemos bajar lentamente —agregando para Nacho—: sujétate bien.

Con resignación, Nacho se agarró de los barandales y yo, cargando con un hoyo negro en el estómago, sujeté el mismo extremo que Alberto e iniciamos el descenso. Era para nosotros imposible bajar con lentitud, y resistiendo con los pies de frente descendimos abruptamente, aunque logramos detenernos antes de chocar con la misma pared. De ahí al auto. Ayudamos a Nacho a subir y de nuevo estábamos prontos para arrancar. Mientras metía la llave para dar marcha pensaba que nunca antes había reparado en el físico de los camilleros; era tan natural verlos subir y bajar por las rampas de los hospitales, que jamás se me hubiera ocurrido lo titánico de la situación. Estaba absolutamente agotada. Alberto me acarició la cabeza y con suavidad me pidió que me dirigiera al centro de la ciudad. Poco antes de las cuatro de la mañana enfilé el auto hacia la avenida, en medio de fuertes vapores

amoniacaes. Al entrar al centro me indicó el cruzamiento de calles al que debíamos dirigirnos para llegar al Sanatorio Alcocer. El estacionamiento estaba abierto y entramos con el coche hasta llegar a la puerta de entrada que aparecía cerrada. Alberto se bajó y tocó el timbre varias veces, pero nadie le respondió. Entre toquido y toquido se quitaba el sombrero, se mesaba los cabellos y se lo volvía a poner. Entonces se decidió a golpear la puerta. Nada. Insistió fuertemente, pero fue inútil. Nadie acudió. Yo volví a observar su pinta e imaginé que quizá pensarían que se trataba de un borracho trasnochado y que por eso se negaban siquiera a atender la puerta. Nacho comenzó a quejarse con lamentos profundos; estaba pálido, casi transparente. Desesperado, Alberto se subió al auto y me dijo que fuéramos a una farmacia. Cerca de mi casa había una con servicio nocturno y hacia allí nos dirigimos. Ya en la farmacia, compró la sonda, un sedante y un par de jeringas desechables. Cuando subió al auto, me pidió que fuéramos a mi casa. Nacho protestó de nueva cuenta:

—Por favorcito, no sean así; Alberto, no seas cabrón llévame a mi casa.

Irritado, Alberto se dio media vuelta desde el asiento del auto y alzando la voz, aunque sin gritar, le dijo con dureza:

—Yo te voy a canalizar ahora mismo, antes de que revientes, y hazme el favor: ¡ya cállate!

Pensé por un momento que Nacho se echaría a llorar, pero no fue así; quizá era yo la que necesitaba llorar. En su posición de cuatro patas seguía goteando orines y, ya en forma de murmullo, persistía en que si su dignidad, en que si su derecho, en que si sus últimos momentos. Alberto se acomodó en el asiento ignorándolo; solamente sacudió ligeramente la cabeza y me pidió que fuéramos a mi casa. A las cuatro y media de la mañana estábamos entrando. Sobre nuestros hombros pusimos los brazos de Nacho y abrazándolo para sostenerlo lo llevamos a mi recámara, le quitamos el abrigo y lo acostamos poniéndole varias almohadas en la espalda para evitar la rotunda posición horizontal, que acentuaba su dolor. Mientras Alberto se lavaba las manos, yo proveía de algodón, alcohol y una cubeta de plástico. La operación comenzó cerca de las cinco de la mañana.

—Sara —me llamó Alberto discretamente desde el baño—, necesitaría que estuvieras conmigo por cualquier cosa, pero no sé si tengas condiciones para soportarlo.

Yo asentí fingiendo sacrificio. En realidad la sangre nunca me ha asustado y, el imaginar a Alberto introduciéndole en el pene la sonda a todo su largo, desnudaba totalmente mi morbosidad. Y, así, sin un asomo de vergüenza, me puse en mi puesto de guardia. Yo sabía que Alberto había ejercido la medicina y fue por eso, además de su amistad con Nacho, que decidí recurrir a él. También sabía que se retiró tempranamente sin un motivo claro.

Alberto le quitó los calzoncillos a Nacho y le explicó que el procedimiento sería doloroso, pero que el alivio le llegaría rápidamente. Comenzó a introducirle con firmeza la sonda por el uréter. Conforme entraba esa sonda, Nacho apretaba los ojos, apretaba los dientes, apretaba las manos, apretaba todo, todo su cuerpo de tanto dolor. Un escalofrío me sacudió; las culpas también me sacudieron. Algunos quejidos se le escaparon involuntariamente, pero el hombre aguantó. En un momento, la sonda se tiñó de rojo; había comenzado a brotar sangre. Después un líquido amarillo que no era otra cosa más que la orina. La espuma y el hedor dijeron, presente. Pasado un minuto los lamentos de Nacho cedieron; la rigidez abandonaba su cuerpo y varios larguísimos ¡ah!, ¡ah!, ¡ah! se derramaron de su garganta ronca, mientras se le vaciaba la vejiga.

Era viernes y esa tarde Nacho había conseguido entradas para un espectáculo de canto, que recreaba —con jarras de cerveza sin límite— el cabaret alemán. Y ahí estuvimos, y ahí bebimos y ahí comimos algo también. Al finalizar me dijo él que traía una botella de un excelente vino blanco portugués y decidimos tomarla en mi casa. Allí fuimos; él abrió la botella y, mientras se oxigenaba, se metió al baño. Estuvo un buen rato dentro, pero no le presté atención. Al salir noté que su pantalón estaba mojado; me sorprendió, aunque me quedé callada, porque inmediatamente él me dijo que se sentía mal y que estaba muy apenado y que lo disculpara por favorcito, pero que se marchaba. Yo le pedí que se quedara, que no se fuera así, que podíamos llamar a un médico. Por más que le insistí, no logré convencerlo. Volvió a entrar al baño, esta vez de manera abrupta, y salió consternado y dolorido. Noté que la incontinencia que estaba experimentando le dolía más que su mismo dolor. No alcancé a decir nada y se marchó. Una hora y media después, preocupada, le llamé por teléfono y casi no podía ni hablar del dolor que le atacaba. Le dije entonces que iba para allá y fue

cuando decidí pasar por Alberto para que me acompañara.

Cuando dejó de brotar orina por la sonda, Alberto colocó una bolsa de plástico como contenedor. Mi ayuda se limitó a retirar la cubeta y a deshacerme de los orines. Luego le aplicó un sedante por vía intravenosa y, antes de que Nacho se durmiera, le advirtió que era importante ir a un médico a primera hora, porque de lo que sí se podía morir entonces era de una infección.

—Gracias, hermanito, me salvaste la vida— alcanzó a decirle Nacho antes de quedarse dormido.

Alrededor de las seis de la mañana llevé a Alberto a su casa; nos besamos al despedirnos. Regresé y me acosté a un lado de Nacho para cuidarlo, pero de inmediato me quedé profundamente dormida. Abrí los ojos sobresaltada cerca de las once de la mañana; Nacho aún dormía; me resultó extraño encontrarme con él en la cama. Me levanté con sigilo y preparé un café bien cargado que bebí gustosa. A eso del mediodía lo desperté. Él localizó a un médico amigo, quien lo citó de inmediato. De entre mi ropa escogí lo menos femenino que encontré para que se pudiera vestir y lo llevé al hospital donde lo citaron a consulta. Al bajar del auto, Nacho me abrazó y me dijo que no tenía con qué agradecerme lo que había hecho por él.

Yo cargo todavía con grandes culpas. A Alberto sólo lo volví a ver el domingo, día que enterramos a Nacho.



Radio Neox.

Despertando tus sentidos

<http://radioneox.com/>

[Hipótesis del hombre roto]

BALAM RODRIGO

A lo lejos, el amante de Kervalá

Gime por amor

Bajo los astros olvidados

De la noche,

Los niños ciegos de Da Òang

Ríen a carcajadas

Mientras arrancan alas

A los pájaros de octubre,

Y el mulato gris del Mato Grosso

Llena con rocas de sal

La boca de un jaguar ungido

De muerte.

Dijo el anciano de Corinto

Bajo el almendro:

“Si pudieran volver de Ítaca

Los barcos,

Y los huesos del águila

Crecieran nuevamente en nuestros brazos,

Entonces,

Volveríamos a ser hombres”.

Quiero tu adiós

FERNANDO CUEVAS DE LA MORA

—Quiero que me des un último adiós y me mates.

Lucía se lo dijo sin lágrimas, sin ningún reproche por la vida y sobre todo, sin culpa. Ernesto se quedó pensando un poco y le preguntó, —¿Cómo quieres que te mate?

Ella le extendió una jeringa y una ampollita de morfina. Suficiente dosis como para que ella entrara en calma y quedase dormida mientras la morfina fuera provocando un paro cardíaco.

Ernesto miró la jeringa y lentamente rompió la ampollita, introdujo la aguja y comenzó a llenarla. Sacó una gota por la aguja, miró a Lucía que ya se estaba subiendo la manga de su suéter para que la introdujera por la vena y Ernesto, mirándola, le dijo, —Siempre te recordaré— y sin más, se inyectó el líquido.

Jacuzzi

IAN SORIANO

Algunas mujeres vivían preocupadas por lo que le sucedía a las suelas de los zapatos que usaban, mientras en un cuarto se agotaba un espacio verde en la melancolía de un hombre. Las paredes blancas eran himnos de fondo junto a una cama, blancos muros desbaratándose serenos frente a mi vista, y mis pies rodeados de agua, al igual que mi cerebro hinchado y mi cuerpo empecinado en la alabanza al vientre. Un cuarto es demasiado callado cuando escuchas tus susurros desde el boquete que deja escapar el agua de la tina, ahí hay un sacrificio enorme: se caen las sandalias, caracoles de vapor llegan hasta el techo de cristal que mutila nuestras cabezas, y mis ojos más que abiertos al agua, e impotente ésta a no dejar sentir con precisión mi llanto; locos gritos entre las sábanas manchadas de ternura, y después una justiciera ruleta de más espacio y más silencio. Todo en la memoria muere cuando eres testigo de las mismas formas de estar parado, nadando sobre la superficie de una mujer seca, con su compañía controlando alguna vena rota por ella misma. Sólo se trataba de puertas entreabiertas y paredes entre amantes —bestias embestidas por ángeles en constante descenso— dirimiendo las horas con la eficacia de una misma mirada. Nada parecía estar lo suficientemente listo como para seguir vivo, todo el asunto apuntaba hacia las mismas situaciones ya conocidas: A veces un hombre necesita una verdadera amante, que no se preocupe por el acabado o el desgaste de las suelas de sus zapatos, que tal vez use un par de anteojos discretos, y que pueda ser insospechable a todo, particularmente que sea como alguien en quien nadie sea capaz de confiar. Pero el gran lío comienza cuando deja de estar sola. Estar solo es más sencillo que encontrarse rodeado de lo mismo. Parece que nunca existirán dos seres dispuestos a cambiar la muerte del uno al otro por el amor pernicioso de sus distancias; aunque algunos acuerdan amarse, y amarse constituye el gran error, la primera vértebra en la médula del odio. No hay dos seres que no compartan cucharadas de muerte. En tanto, la tina llena de imposibilidad, libre, me mostraba el concepto del reloj en un cigarro, y una cerveza era mi última codicia deseada entre el calor más corriente del agua. Además existían plantas artificiales junto a una mujer artificial, dormida en el desperdicio de feroces sueños que me acalabraban. El color verde de la tina era peor que el verde encerrado en nuestras melancolías. Soportaba la argucia de dos luces tenues junto a una falda corta, un par de botas y dos pantalones intermitentes preguntando: "¿por qué todo se ha apagado esta noche tan rápido?". Sólo me alumbraba débilmente un calzón ahorcado y un cuerpo recostado en un colchón, en el que no podía dormir sin que raspara. ¡Algo más debía estar asomado a la ventana!, inclinado y rugiendo, evitando el paso a la demencia y el declive de un hombre harto de espejos con toallas, cansado del servicio a la habitación, de esta levedad de mundo en un inconsecuente espacio: una mujer sobre la cama, muerta por mis manos —azulejos partidos en su torso—, mi honor rendido ante su cara de gitana, el olor de la regadera bajo sus piernas; los muros saltando, elevándome, recogíendome, y el agua todavía aguardando nuestras estelas. Después de esto, nunca más estuve tan cerca de la muerte.



Solitario /
Alexandrina Burgos
Ortiz

La española

ANA EDITH SÁNCHEZ SÁNCHEZ

Conocí a una española que vivía sin familia. Era hermosa, vieja, de piel contra-caparazón de tortuga, tenía los labios rojo carmín, su corazón latía por su boca con la fuerza del océano y el vuelo de un martín pescador. Salían por sus manos azucenas blancas, blanco espacio entre ella y yo, su resplandor quemaba mis pupilas, su cabello era un marco dorado listo para cualquier princesa medieval, sus ojos ensombrecían a la luna, porque la luna no tenía ojos más bellos.

La española era una espiga de trigo, sobre una silla dura y ruin de cuatro grandes ruedas que soportaban más el peso de la silla, y no de la espiga, tan volátil, e intocable. Pareciera inhumana, con esa voz casi perfecta de colegiala, ave amante, dulce flor amarilla, de sonrisa de colibrí, con esos pies de bailarina de ballet, pies de pez-martillo, pies de hada cantarina, de garra de león naciente, de piernas ávidas de sol, piernas de estambre azul.

Su cuarto medía dos metros por uno y medio. Todo el cosmos estaba ahí, sumado a colchas viejas para domar al frío; almohadas gordas para soñar sin pesadillas; una grabadora para no olvidar la voz de los seres humanos; una muñeca rubia de ochenta centímetros para platicar confidencias; hilos de colores para atrapar y coser pensamientos con los ojos casi ciegos; carpetas blancas, regalo del olvido, para unir con las nubes y alcanzar el cielo; ropa regada para recordar las estaciones del año; un reloj que se durmió con el tiempo atascado en la boca; y una pequeña bolsa donde guardar la belleza lúcida: peines, pinturas, un espejo mentiroso, colorete para colorear las chapitas del sol y agradarlo para que fuera bueno y saliera sobre el azul, para no congelarse después de un buen baño frío con la ayuda de las manos de la regadera de metal. En ese espacio tan amplio como la boca del tiempo, quedan los recuerdos de la felicidad vivida. Finalmente enloqueció, porque los hijos nunca deben de ser hienas, a menos que nazcan de una madre hiena.

Cuando es necesario el baño, el agua fría castiga los años de los huesos, y descubre aterrada la conciencia del cuerpo. Y entonces, cada centímetro de piel con perlas de rocío tiembla y ríe mientras los pocos dientes bailan sin parar dentro de una boca-prisión, y los ojos confunden sus lágrimas con gotas y se cierran. La soledad seca su cuerpo. Mi amiga está lista para vestirse con pétalos de flores y sumergirse infinitamente en la silla de ruedas.

Es hora de comer: el puré de siempre, junto a humanos callados, enloquecidos en la nada, de ojos fijos y respiración acompasada. La mesa de plástico, el plato de plástico, el vaso de plástico y la cuchara, hablan; los otros habitantes callan. Callan y escuchan las conversaciones de los objetos. Y cuando los objetos callan hastiados, los ancianos parpadean y escuchan al viento confabular con las paredes. El viento no es amigo, se lleva su calor y el olor de la comida, entre habitaciones sin puertas.

La muerte viene de lejos, va a llegar cansada, hay que hacerle un espacio. Correr la cortina de tela que forma el cuarto de mi amiga la española, espiga de trigo que duerme flotando en su cama; y dejar a la muerte dormir con ella.

La española era mi amiga. En un asilo disfrazado de castillo, en ruinas, alejado de la ciudad y la razón, vivía.



Variaciones de los días

ELOÍSA DE LA PARRA

Treinta por ciento de humedad. Probable lluvia.
La punta nórdica de Francia es marroquí.

Un boliviano escribe versos en su cuerpo.
Cierra la puerta. Avanza por la acera gris.

El pan está a veinte centavos.
Dos gatos. Siempre los gatos y un anciano en el umbral.

Ojos azules por la Argelia en quemató
pelo nublado le pregunta
al transeúnte: *Vous n'avez pas une cigarette?*

Sesenta y cinco de humedad. Lluvia inminente.
La punta nórdica de Francia es marroquí.

Un boliviano escribe versos en su cuerpo.
Anda de prisa. Avanza por la acera gris.

El pan está a veinte centavos.
Tres gatos. Siempre los gatos y un anciano en el umbral.

Ojos azules por loción con gusto a vodka
pelo nublado le pregunta
al transeúnte: : *Vous n'avez pas une cigarette?*



El arbitrario trampolín de un sueño / Ramón Villegas



Se ha reducido la humedad. Hoy no habrá lluvia.
La punta nórdica de Francia es marroquí.

Un boliviano escribe versos en su cuerpo.
Canta. Avanza por la acera gris.

El pan está al precio del plátano.
Un pájaro. Y casi nunca ningún pájaro y anciano.

Ojos azules por ser cómplice del vuelo
pelo nublado le pregunta
al transeúnte: *Vous n'avez pas une cigarette?*



Noventa y ocho de humedad. Tormenta.
La punta nórdica de Francia es marroquí.

Un boliviano ve partir todos los versos de su cuerpo.
La acera avanza diluyendo las palabras.

Tabaco y hojas para armar.
Un triste. Hoy hay un triste y un anciano.

Ojos azules porque un deslavado para
el transeúnte abre la mano
y le pregunta ¿lo fuma solo o junto a mí?

Pelo nublado se evapora del umbral.
Cierra la puerta.
El pan está a veinte centavos.
Y casi nunca ningún pájaro que suelte
Tabaco y hojas para armar.



Inexorable casualidad / Ramón Villegas

Mujer dentro de la noche

ILEANA GARMA

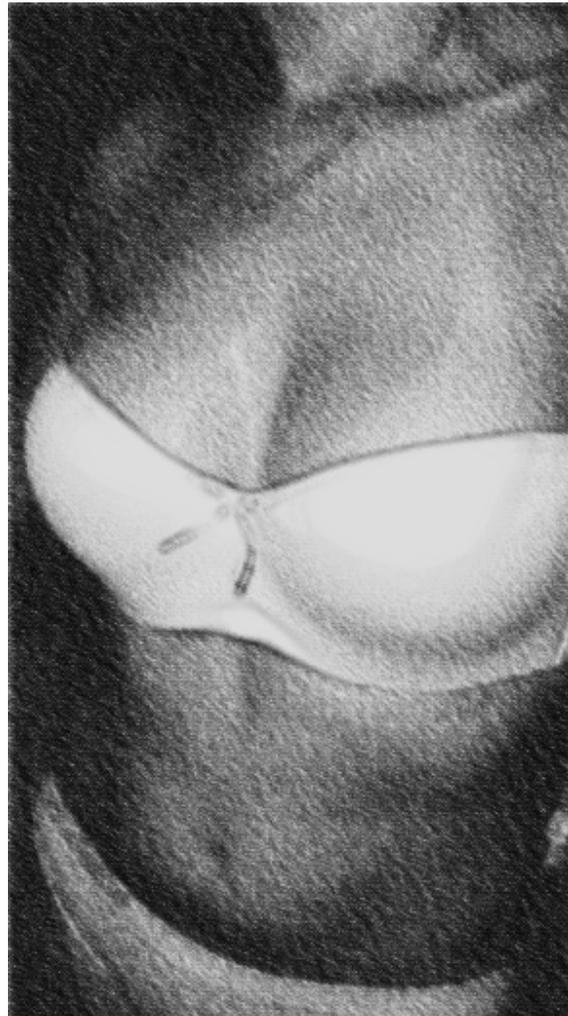
Me he salvado de tener una vida
con zapatos lustrados
con florero en la mesa
con fruta en el desayuno
con hombre de sombrero
con lavadero brillante
con pájaros que se mueren
sobre la azul-terrazza

Me he salvado de tener una vida
con domingo familiar
con mesa para cuatro
con zoológico privado
o niños que lloren
Me he salvado de tener un hombre
que me bese en la frente
y me deje dinero

Me he salvado de una vida
que se pague a plazos
como un automóvil
Me he salvado de una vida
con diplomas y reconocimientos
y estoy en una madrugada
sobre Louis Armstrong
sobre un insomnio de hojas revueltas
sobre una tristeza que nada entiende
y que ha llenado de esqueletos
mi luna

¿Me he salvado?

Mujer dentro de la noche



Tu cuerpo es copia de Venus de Citeres

(Fragmento de la biografía teatral de Meche Barba)

FERNANDO MUÑOZ CASTILLO

En 1921 Antonio Gramsci funda el Partido Comunista en Italia al mismo tiempo que en el Reino Unido el desempleo supera el millón de parados, y en Estados Unidos la Ley Seca propicia el poderoso auge de la Mafia al compás de los maratones de baile que causan furor. En Hollywood, W. Griffith dirige el primer largometraje sonoro: *La calle de los sueños*; Rodolfo Valentino filma la cinta que lo volvería ícono erótico más allá de su tiempo: *El Jeque*.

Ese mismo año en nuestro país se crea en septiembre la Secretaría de Educación Pública teniendo al licenciado José Vasconcelos al frente, al mismo tiempo que en nuestros escenarios capitalinos se estrena "El calendario del año" en donde se canta *Aire*, de Carlos Ortega y Manuel Castro Padilla, quienes formarían parte importante años más tarde, de la vida teatral de la recién nacida Meche Barba.

Con el aire que vuela la falda
se ve cada pantorrilla
que emociona, si es gorda y torneada
y que asusta si es como canilla
el calzón que va muy limpiecito
escondídose tras la enagua.
Al hombre produce siempre fuego
que non apaga ni con el agua
aire no me des aire
si así al desgaire
ves mi donaire, tú me amarás.

Antecedentes familiares

María de las Mercedes Antonieta Barba Feito nació en Nueva York el 25 de septiembre de 1921, sorprendiendo enormemente a sus padres Antonio y Victoria quienes pensaban que nacería en México. Y para no sentirse defraudados, al día siguiente se embarcaron para la República Mexicana, llevando en los brazos a una recién nacida, según dicen, sin acta de nacimiento.

Como quien dice, la sacaron de contrabando, pues resulta imposible pensar que una niña recién nacida, pudiera salir sin ningún problema de los Estados Unidos

de Norteamérica y más cuando su padre resultaba en ese momento alguien demasiado notorio por su profesión.

—Mi papá, Antonio Barba, era pulsador y trabajaba en espectáculos muy elegantes en Montecarlo, New York y ciudades así, y también en circos, cuando los circos eran una cosa muy especial. Mi madre Victoria Feito, era acróbata. Yo llegué a México a los 28 días de nacida, veníamos de New York con el circo de mi papá. Existe una foto tomada afuera de la Villa de Guadalupe, donde soy de brazos todavía y estoy con mis papás. Aquí me bautizaron y soy mexicana por derecho.

Sólo que ese bautizo se retardó casi cuatro años según consta en el acta de la Parroquia del Campo Florido de México, Distrito Federal, que está fechada el 29 de agosto de 1924, año del fusilamiento del prócer socialista yucateco Felipe Carrillo Puerto junto con varios de sus hermanos y del abogado Manuel Berzunza; así como el de la renuncia del Lic. José Vasconcelos al cargo de Secretario de Educación Pública.

Esta tardanza del bautizo de Meche se explica cuando se es hijo de artistas que viven viajando por todo el país, en las giras de los diferentes circos nacionales y extranjeros entre ellos el Beast, o el Gran Circo Argentino. Sin embargo el deseo de don Antonio se cumplió, Meche fue asentada y bautizada en México como mexicana.

—Y cómo es la vida, de pronto los circos dejaron de ser sensación, cayeron del gusto del público y todo se vino abajo.

La agonía del circo

Cinco años después del nacimiento de Meche, a lo largo de nuestro país varios escritores y poetas, como el bardo yucateco Ricardo Mimenza Castillo, ilustraron perfectamente el panorama descrito por Meche y que Rafael Cardona, en *Revista de Revistas*, a manera de editorial con tintes poéticos y nostálgicos, describió con acierto. Era como decir adiós a un espectáculo ancestral que se negaba a morir, pero que ya estaba convaleciente:

"Los circos se van, como todo lo que no tiene ambiente en nuestro siglo. Se van quizá para siempre, llevándose una parte de nuestra alma, la parte más bella y triste tal vez. Los circos "eran" un sueño, sólo un sueño infantil. De ellos queda apenas una impresión vaga, como las imágenes del despertar y los pétalos mustios de una alegría lejana. Todavía vagan de acá para allá, como restos de un naufragio, unos cuantos supervivientes, semejantes a jirones de un mundo muerto. Aún puede verse "la mujer del caballo", el contorsionista, los payasos y los leones, hasta un elefante y una culebra amaestrada. Pero el alma lánguida y fascinadora del circo, los esplendores nocturnos del redondel acosado por la expectación entre el perfume de las damas y el almizcle de las bestias salvajes, ha desaparecido. Ya Darío lo dijo en unos versos que nos parecen antiguos como un retablo: '¡Murió Frank Brow! Este Frank Brow fue el último payaso, la carcajada de agonía del circo. ¡Ha andado tanto el mundo desde entonces!'

Los circos eran un Arca de Noé, con velamen bastante para viajar por los aires: amanecían de pronto en las ciudades y a ellas llegaban todos los grandes artistas patéticos de la miseria y de la risa. De su rastro pasajero no quedaba otra cosa, después de la "tornée", que un círculo marchito de hierba, algo así como una ojera de insomnio en las plazas. Lo mismo acontece con la sombra difusa que dejan los cuadros en los muros y en los recuerdos del alma. Los niños de ayer, poseídos de melancólicas recordaciones, gustaban de pasar las horas en este círculo vacío, ya simulando al artista de los trapecios vertiginosos, ya imitando a los payasos hiperbolizantes buscando entre el aserrín de colores las lentejuelas desprendidas de los trajes resplandecientes.

¿En dónde están los payasos de ayer, y los borricos risueños, y los caballos de amplias grupas y patas rítmicas que paseaban sus caudas blancas entre retintines y golpes de fiesta?

¿En dónde aquellos leones rugidores, de peludos hocicos ecuatoriales y lenguas ásperas? ¿No tiene todo este cortejo luminoso e impalpable la coloración fantástica de una nube de crepúsculo, que se hunde, palideciente, en la noche?

Los hombres de circo formaron una humanidad especial, al menos para el ojo saturniano de los niños. Venían de ciudades desconocidas, escapaban de las láminas de los libros de cuentos, y surgían a la vida dando saltos, retorciéndose como víboras o tocando instrumentos inauditos. ¡Viena, Moscú, Benarés! ¡Alambristas y saltarines, payasos y gigantones! Los titiriteros de la novela, los zingaros lamentables del romance, los húngaros de gaitas gangosas y los hindúes de flautas estupefacientes, todos los seres del mundo surgidos en el sueño aparecían gesticulantes, entre músicas inimitables y luces equívocas. ¡Seres misteriosos y desconcertantes, que podían domar panteras y amaestrar podencos, andar sobre espinos y describir trayectorias aladas y caprichosas! Entre ellos florecía esa pálida flor de esmalte, que danzaba como una orquídea, sin proferir un grito; por ahí andaba el domador taciturno de ojos inexplicables, que parecía muerto desde mucho tiempo, y el payaso gárrulo de calzón "montgolfier", llenando el aire de palabras locas; y allí por fin, la reina de la caravana, la dama del caballo blanco, espumosa y fina como una camelia de oro, hierática en su sacerdocio de carta de naipes; ¡flor de invernadero, ícono momentáneo de los caprichos de frac!

El encanto de los circos ha consistido, principalmente, en su falta de historia: ni sus mujeres ni sus hombres la tuvieron para los niños. Por eso aparecían desligados de toda realidad y de toda certidumbre, y así lograron darnos la sensación de lo maravilloso. Sus artistas se escondían para morir, como los pájaros, en rincones ignorados de todos. Esta exquisita tristeza les tornó inmatereales y dignos de la leyenda.

Pero, por esto mismo, su dolor fue más hondo y su deshumanización más completa. Sus cuerpos eran resortes y sus espíritus juguetes: ningún dolor suyo llegó hasta nosotros, excepto si por la experiencia les devolvimos su derecho a la carne y al sufrimiento.

Tal como lo sentimos hoy, los circos han entrado en la vejez menesterosa, que aún estira los miembros para dar el último



salto: un salto en que se oye crujir los huesos y brotar de lágrimas, mientras los mecheros de gas, chisporroteantes y enjutos, lloran con luz de blandón la soledad exhausta del anfiteatro entoldado..."¹

Debut en el circo

—Desde antes de las Carpas, en el Circo que tenía mi papá me gustaba esto del público y de bailar y cantar. Así que desde niña bailaba en el circo un número español que se llama *La Gallegada*. Lo hacía con Ricardo, un niño un poco mayor que yo y que era hijo de alguien del Circo, en medio de la pista y la gente; había palcos todo el rededor, nos aventaban moneditas. Entonces dejábamos de bailar y corríamos a recogerlas. Siempre me ganaba el muchachito: era mayor que yo. Al ver esto, la gente me hablaba y me daba en la mano las monedas.

De acuerdo a las fotos de la colección de Meche, nos podemos percatar de que en este debut, ella no es mayor de cuatro años.

—Mi papá también salía de gira como pulsador, su compañero se apellidaba

Muñoz, con él trabajó varios años, a veces se anunciaban como los Hermanos Barba Bros.

Fue en una de esas giras que Meche recibió el Santo Sacramento de la Confirmación en la Catedral de la ciudad de Puebla en 1930.

Para esos años, los circos habían fenecido como los dinosaurios, y en su lugar se erigían las carpas con sus espectáculos por tandas, las cuales gozaban del gusto popular desde el siglo xix, como nos cuenta el maestro don Manuel Altamirano en su reseña del 13 de noviembre de 1869 en *El Renacimiento*:

"Ha llegado la época de lo que puede llamarse en México pequeño espectáculo. Desde el día 1º de noviembre, cada año, se abren algunos teatros extraordinarios, donde compañías dramáticas improvisadas y mezcladas a veces con otras de acróbatas dan funciones todas las noches, por tandas, es decir por secciones: lo cual trae la doble ventaja para el público de tener un rato corto de distracción y de pagar muy poco por la entrada.

Esta costumbre comenzó a establecerse hace algunos años con los teatrillos de títeres, donde el célebre payaso Soledad Aycardo (Don Chole) y otros hacían contemplar a la gente los prodigios de su ingenio."

Y siguiendo la tradición escénica mexicana, don Antonio Barba con los restos de su circo, creó su propio saloncito de variedades, formando así su propia compañía. Con él hizo giras por el país y temporadas en la ciudad de México.

—Después del circo, mi papá tuvo su propio salón de variedad el *Salón Palacio*. Pero antes hizo giras por el país. Entre los artistas que iban en la compañía estaba Lucha Reyes. Estas giras eran de espectáculos de variedades, como las que después hicieron con Corona.

Debuté a los seis años: suplí un número; porque andaba loca con ser artista ya a esa edad. Recuerdo que fue en Tepito: empecé cantando *Mamá Inés, dónde está mi gato...* -¡Uy!, van a echarme más años de los que tengo-. Trabajaba con mi hermana, con algunos años más que yo. Te diré que era una mujer muy bonita, la verdad, tan bonita que yo decía que no era mi hermana. Los zapateros de Tepito me regalaron mis primeros zapatos de tacón para trabajar en un escenario.

Golpe periodístico a las Carpas

El Segundo Apunte en su sección del Ilustrado titulada *Milímetros de Nuestra Vida Teatral*, escribió en el número del 12 de enero de 1932:

"Las carpas, el espectáculo más caro de México.

Con motivo de la Feria Nacionalista, los teatros se han visto poco concurridos. La mayoría del público va a las carpas, creyendo que se divertirá más y a precio menor.

Pero ese público sufre un error completo. En efecto el precio de entrada es más bajo en una carpa que en un teatro. En la carpa, 15, 20 ó 30 centavos por tanda, pero hay que tener en consideración que cada tanda dura diez o quince minutos a lo sumo.

Los números que se ven en un teatro de revista por un peso, equivalen a diez tandas de una carpa, y diez tandas valdrían \$1.50, de manera que se paga más en las carpas por ver un espectáculo inferior, en asientos incómodos, teniendo

que correr para alcanzar un buen lugar, etc. Y ni decir tiene si los comparamos con la comedia. En la comedia podemos ver una buena obra de Benavente o de los Quinteros, por 75 centavos o un peso, permaneciendo sentados muellemente durante dos horas y media, y los setenta y cinco centavos o el peso, en una carpa apenas durarían media hora.

Como se ve la baratura de las carpas es una engañifa para payos, pueblerinos y turistas. Nada más que también los capitalinos caen en el garito. El precio máximo de una tanda en las carpas debía de ser de 5 centavos y durar no menos de un cuarto de hora. Sólo así la competencia engañosa no sería perjudicial para el público y los teatros no podrían quejarse en ese caso."

Lo que el comentarista no toma en cuenta es la economía de las clases populares que son el grueso del público que asiste a las carpas. Imposible con el sueldo de la clase trabajadora asistir en familia a ese teatro de comedia que cuesta 75 centavos, ni qué decir del teatro de un peso cincuenta centavos. Este tipo de comentarios nos muestra la nula ubicación con respecto a la realidad social y económica de la época de muchos periodistas e intelectuales, permitiéndonos llegar a la conclusión de que en todas las épocas "se cuecen habas".

Los salones de variedades

—Hubo una época en que se usaron los 'salones de variedad', porque no se les decía carpas. Nos daba mucho coraje a los que ahí trabajábamos que se les

dijera así, con menosprecio. Entonces se les llamaba salones de variedad y se ponían en la Alameda. Precisamente allí trabajaron Celia Tejeda, a quien se le consideró: la Reina de las Carpas; Mario Moreno 'Cantinflas' cantando tangos en *La Valentina* que era el salón de variedad de la que fue su esposa. Manuel Medel, con quien trabajé en dos de mis primeras películas, bajo la dirección de Miguel Contreras Torres; María Victoria, ella y yo trabajamos no en los salones de variedad, sino en la gira con Paco Miller, - la famosa gira en la que debutó Germán Valdés-, años después juntas hicimos cine; don Procopio en el saloncito que llevaba su nombre... ¡eran un montón! Y entre ellos mi papá...

En el salón de variedad de mi padre trabajaron Gloria Marín, su hermana Marillili y doña Laura, la mamá de ellas, quien en su época fue una gran triple. El número lo hacíamos: Marillili que era la mayor, luego seguía mi hermana Carmen, luego Gloria y después yo, que era la más chica de las cuatro; doña Laura nos acompañaba al piano.

Recuerdo que los agudos de Gloria los daba doña Laura, los calentaba desde el piano, porque Gloria no llegaba. Era muy gracioso, de veras era bonito.

En la entrevista realizada para *Cuadernos de la Cineteca*, Gloria Marín le contó a Eugenia Meyer parte de esta historia:

"Hubo un ventrilocuo en México, para mí no ha habido otro, que se llamó El "conde" Bobby; trabajaba en una carpa y nos quiso contratar a Paquita Estrada y a mí; nuestras madres se negaron rotundamente, nada más que yo hice este





cálculo —bueno, vengo de provincia, no me conoce nadie, empiezo esta carrera en serio porque me gusta; por desgracia no podemos vivir de lo que me pagan en el teatro Principal; si aquí voy a ganar el doble y es seguro, entonces me da igual. Así es que me fui a la carpa, al *Salón Rojo*, que no fue el que hubo mucho años después, el cual ya fue otro género, vodevil, no, no, aquí estaban las hermanas Barba, Carmen y Mercedes, que eran unas señoritas que no iban a ninguna parte sin el papá y la mamá; había un grupo de chicas jóvenes: las Arozamena, Amparito y Carmen, recién llegadas de Colombia; éramos muchachitas monas, nos esforzábamos por estar mejor que las otras, se trataba de una competencia muy leal, muy bonita, no malsana ni de envidia; hacíamos números juntas, bailábamos y todo. (...)

Los papás de las muchachas Barba compraron una carpa y hablaron con mi mamá —mire doña Laura, tenemos un grupo tan bonito (éramos como una familia) que quisiéramos que su hija Gloria viniera con nosotros, con Mercedes, con Carmen, con las Arozamena, lo mismo que estuvo en la Feria Nacionalista que se venga para acá. Y así lo hicimos, nos fuimos con ellos a trabajar y duramos como tres años."²

Los amos de la risa

—Eran bonitas las carpas y tenían muy buenos artistas, la verdad.

Entre los cómicos que recuerdo: Eufrosina García 'La Flaca' cuya pareja era un gordo, en ocasiones imitaban al Gordo y al Flaco; 'El Chupamirto'; Celia Viveros y Leandro que hacían dueto — soy madrina de su hijo—; Los Campa



Acevedo, que eran una pareja que hacían de peladitos; Wilfrido Moreno; Schillinsky, que estaba casado con Olga Zubareff, la hermana de Valentina, la esposa de Mario Moreno.

Schillinsky llegó a México bailando, formaba pareja con su hermano y se hacían llamar 'Stanislao y Zenón', y venían con tres rusitas que eran Olguita, Valentina y Tamara Zubareff; y la mamá de ellas. Tamara y yo, en ese tiempo, no bailábamos, éramos muy niñas.

El Conde Bobby

—Otro famoso de las carpas fue 'El Conde Bobby', quien fuera papá de Beto el Boticario. Su caso fue muy famoso por triste, ya que enloqueció cuando le robaron a su muñeco. Un muñeco re'feo, más feo que el don Roque de Paco Miller. 'El Conde Bobby' no era un buen ventrílocuo, su chiste era la rapidez con que supuestamente contestaba al público el muñeco. Además de que su número era fuerte en cuanto a lenguaje; en esas dos cosas radicaba su éxito... Llegó a trabajar en varias carpas a la vez: terminaba su número en una y se iba a otra, y así...

Enloqueció en serio a la pérdida de su muñeco. Es como de historia de terror... Mi hermana y yo trabajamos con él, al igual que las Marín, y las Arozamena.

El Salón "Mayab"

Pedro Granados en su libro *Las carpas de México*, nos cuenta muy sabrosamente la historia del famoso *Salón Mayab*, donde trabajaron las Hermanas Marín y las Hermanas Barba:

"El general Carrillo y Aurorita Rivera, instalan una preciosa carpa portátil, grande y nueva, con asientos confortables, camerinos individuales y piso de duela, telones variados, escenografías distintas y las diablitas con luces multicolores, bambalinas y "alcahuates" de bonitos matices, un verdadero teatro en miniatura.

Benito Olarte y el "Güero" Francisco González, convencen a la señora Rivera y al general Carrillo, logran la compra del "Mayab" con la cooperación del dinero de don Pepe Furstemberg.

¡Qué bárbaros! ¡Qué elenco!... Chicotito, Celia Tejeda, Gloria Marín, Blanquita Morones, las Hermanas Meche y Carmen Barba, las Pilaricas, Chayo Ramírez, el Quinteto de Plata, formado por la maestra Candiani con el piano y el acordeón; E. Valenzuela, Salvador Pimentel, Alfonso Zayas y el gran violinista Meneses, el director era Guillermo Bravo Sosa, que a la sazón era Secretario General de la Unión de Variedades (todavía no pertenecían a la ANDA).

Permítasenos un breve paréntesis. Grandes acontecimientos conmovían a México en ese entonces, las obras de ampliación de la Avenida San Juan de Letrán; se inauguró el Cine Alameda, abría sus puertas al público la Academia Metropolitana en las calles de Independencia, precisamente en el jardincito de Santos Degollado, con las orquestas más famosas de esos tiempos "Ray Carter y Pepe Landeros". Esta fabulosa academia tenía una pista con un cupo para trescientas parejas. México vivía su recuperación económica y con el general Lázaro Cárdenas en el gobierno, se iniciaba una época de paz y de mexicanismo puro, absoluto, había terminado el maximato y los trabajadores tomaron fuerza.

Llega el gas neón. La primera en ver su nombre con esta nueva modalidad fue Celia Tejeda, más tarde Cantinflas y Schillinsky."³

El encuentro con Nina Shestakova

—Estudié danza con una bailarina rusa: Nina Shestakova. Era divina; lástima que aproveché poco de ella. Recuerdo que cuando dejé de asistir a sus clases fue a la casa —pues me quería mucho— a preguntarles a mis papás que por qué faltaba. Mi mamá le dijo que no había con que pagarle. Nina contestó:



—Mándemela, que no le voy a cobrar nada.

Y así fue como tomé clases gratis con la Shestakova. Esto es algo que recuerdo de ella con mucho cariño. Pero cuando entramos al teatro con el Sr. Soto, se acabaron las clases, pues en las mañanas iba a la escuela y en la tarde a la función. Gracias a las clases con Nina, años después pude suplir a la primera bailarina Eva Beltri en "Rayando el Sol". Nina fue una de las maestras de la gran bailarina Lupe Serrano. Nada menos ni nada más.

Mis otros dos maestros fueron mi padre, para las danzas acrobáticas, y Rafael Díaz para los bailes españoles.

En 1933, mientras la troupe de los Barba realizaban exitosa temporada, el 9 de marzo en *El Ilustrado* apareció en la sección Milímetros de Nuestra Vida Teatral un artículo con el nombre de:

'Antes el cine y ahora el teatro'

"Para el teatro, ha sido el cine su heridor de muerte. Pero ahora viene el otro enemigo, el radio. Muchas gentes prefieren, dado nuestro carácter triste, quedarse en su casa oyendo tranquilamente los conciertos de radio, en vez de ir a los teatros. Pero eso, al fin y al cabo, no es sino una manifestación moderna que va triunfando. Pero a lo que sí no hay derecho y que debían procurar evitar las organizaciones teatrales, es que en las estaciones de radio haya teatro en

donde, gratuitamente, pueda el público asistir a un espectáculo seudoteatral. Este es un nuevo y poderoso enemigo del teatro.

¿Quién va a ir pagando al 'Politeama' o al 'Iris' mientras tenga la oportunidad de asistir a estos teatritos que algunas estaciones radiodifusoras tienen en sus estudios? Debían pagar impuesto, que al fin y al cabo, algo cobran las estaciones. Así se evitaría que prosperara esta nueva modalidad artística perjudicial para todos los elementos teatrales. Yo doy la voz de alarma, allá los interesados si quieren, saben y pueden aprovechar mi aviso."

Constatamos una vez más cómo el teatro se ha venido sintiendo amenazado ante cada uno de los inventos modernos de comunicación: radio, televisión y actualmente el video... Sin embargo, y a pesar de todo, el arte escénico sigue bregando camino como desde el día que surgió, como tal, sobre la faz del planeta.

En ese mismo número del *Ilustrado* se publicó otro artículo hablando del creador del sistema de tandas en nuestro país. Su nombre: Mochicho.

¡Capitán Magnífico Forro!

—Cuando entré a trabajar con Soto en el *Lírico* lo hice como parte de la Compañía.

Empezamos en *Caras bonitas*, 1934. Era presentar caras bonitas en la infantería: las segundas tiples. Realmente le hablaron a mi hermana que era muy bonita, pero mis papás —en aquella época los papás andaban con una para arriba y para abajo— no quisieron que ella actuara si no me llevaba a mí; pero yo tenía doce años... al verme, el señor Soto dijo:

—Esto no es un colegio, el público quiere ver mujeres, no criaturas. ¿Qué hago yo con esta cosa?

Sin embargo, empecé a trabajar con él.

En el elenco estaban Marina Tamayo de triplecita, después sería esposa de Emilio Tuero; Paquita Estrada, con quien ya había trabajado; Luz María Bautista, una morenita muy chula con ojo verde verde, ella se casó con uno de los Martínez Gil; los cantantes eran Jorge Negrete y Ramón Armengod. En ese entonces venía un compositor equis y ponía toda la música de esa revista. Hacía su reparto, digamos: Jorge Negrete a quien le daba una canción, Moncho Armengod a quien le daba otra, Marina Tamayo era otro número.

En la revista uno tenía que entrarle a hacer bailables, a cantar; a veces hasta al sketch.

Mi primer sketch fue con el Chato Ortín, siendo yo una niña... recuerdo gratamente mi trabajo con el Chato Ortín, al que yo veía gigantesco; era cuando el Sr. Soto me decía 'Mascotita'. Me acuerdo que en *Caras bonitas*, Ortín pedía le mandaran a los capitanes: volteaba y me decía

—¡Capitán magnífico forro!

Ya te puedes imaginar la reacción del público, pues yo tenía de todo menos de magnífico forro. Si era yo un moquito, un tlaconete de este tamaño.

Después de *Caras bonitas*, trabajé primero de partiquina, o sea, trabajar de lo que fuera. Hasta sostuve una farola, pero no me importaba, ahí estaba yo, ¡firmes!... Niña niña, con cara, cuerpo y mente de niña. Pero tenía algo a mi favor y era que sí bailaba, había estudiado danza con Nina, y eso me hizo ascender a segunda tiple; así trabajé en varias obras con Soto. Era la que menos ganaba de toda la infantería. Había sueldos de ocho pesos; yo ganaba cuatro, pero ahí estaba dándole; me gustaba.

Las obras en ese tiempo tenían un argumento; por ejemplo, cuando la época de Lázaro Cárdenas, Soto puso una que se llamaba *¡Lázaro levántate!*; hacía una parodia, y disimulaba lo de Lázaro Cárdenas con Lázaro el bíblico y toda la obra se iba en ese tono, desde el vestuario hasta los bailables y las canciones; por supuesto que con sus chistes políticos y un poco de picardía.

Cabe aclarar que no fue Mochicho el creador de las tandas en México. Y que cuando Meche dio esta entrevista, ya era un hombre viejo y olvidado en nuestro medio. Y que a la distancia, la memoria tiende a inventarse sus propias historias.

NOTAS

1. Rafael Cardona. *La agonía del circo*, Revista de Revistas N° 846 del 1° de agosto, México, 1926, p. 3
2. Eugenia Meyer. *Gloria Marín*, Cuadernos de la Cineteca N° 5, México, 1976, p. 120-121
3. Pedro Granados. *Carpas de México*. Leyendas, anécdotas e historia del Teatro Popular, Editorial Universo México, 1984, p.114-115.

Nadie en mi turno

JAIME COELLO MANUELL

Para la inmensa mayoría, la vida es solamente una lucha por la mera existencia, con la certidumbre de que han de perder ésta al cabo.

Schopenhauer

Bitácora de voz del médico Moisés Bueno. Archivos mp3.

Miércoles 21 de febrero de 2007.

Son las veinte horas y está buena la guardia, hace tiempo que no me la dejaban tan interesante. Primero, un paciente femenino de 4 años con una variedad de cáncer singularmente doloroso... Quizá sea hoy. Nunca se sabe, siempre podría ser el día de encontrarme con una falla sistémica múltiple irreversible. Y un paciente masculino politraumatizado de 6 años cuyo corazón creyó que podía dejar de funcionar en mi turno —¡Já!—. La reanimación se complicó un poco. ¡Claro! No es sencillo revivir a un masculino de 6 años, cuyo cráneo ha sido golpeado con fuerza contra una superficie sólida. Un hematoma generoso exprimía su pequeño encéfalo. Y las enfermeras, ¡esas mujeres! Como siempre, distraídas con las fracturas de las manos. De primer momento yo también me quedé atónito por lo singular de las lesiones: frente, manos, algunas incisiones... Perdí unos segundos, pero después de sobreponerme a las inevitablemente subjetivas sospechas, logré disminuir la presión dentro de su cráneo. Lo traje de regreso. Estuvo muy cerca: me oprimía esa falta de respiración, su ausencia, un paciente a punto de irse entre mis manos, de manchar mi currículum. ¡Cuán intenso fue el escalofrío que sentí!

Miércoles 21 de febrero de 2007.

Son las veintiún horas con cuarenta y siete minutos y me ronda en la cabeza el caso del masculino con hematoma dentro del cráneo. No entendí la mirada de mi colega ni sus indirectas ni el reclamo posterior. De algún modo estoy de acuerdo con él: es gente con una cierta atmósfera a su alrededor... Un tanto decadente, rara. No sé a ciencia cierta qué es lo que me parecía mal en los padres del paciente masculino de 6 años; sólo, quizá, que miraban la cara inflamada del paciente de una manera tan poco usual. Me parecía que veían una vitrina repleta de preseas. Siempre pueden ser alucinaciones causadas por el cansancio; llevo demasiadas

horas sin dormir y ante la duda... Como haya sido, el masculino de 6 años sobrevivió: sus órganos y sistemas reestablecieron sus funciones; por lo demás, al menos en lo que a mí respecta, en mi guardia se conservará mi tradición: "Nadie en mi turno", así tenga que realizar yo mismo cada procedimiento y administrar cada medicina, no será hoy cuando el doctor Bueno declare una muerte. Ese día no existe, conmigo todos sobreviven.

Viernes 23 de febrero de 2007.

Son las veinte horas y sigue aquí, pero, ¡en qué estado! Lo bueno es que al menos continúa interesante el panorama de la guardia. Históricamente, yo siempre he resuelto las partes más complicadas; esta vez los problemas a solucionar son las infecciones, tanto la de la herida del tubo en su arteria como la sistémica. Por lo menos el paciente femenino de 4 años está habituado al dolor. Cuánto se me antoja su madre, aunque sus rasgos se hayan endurecido. Cuán fascinantes son los casos como el del osteosarcoma que yace, precisamente, en la cama dos: dentro del esqueleto del paciente femenino de 4 años, su hija. A veces, incluso con las habilidades que poseo, me cuesta trabajo diferenciar entre su dolor real, el verdadero, y el de su miembro fantasma. Si yo me hubiera dedicado a la cirugía, esa pierna... Sí, hubiera rescatado algún fragmento del muslo. Sí, yo habría realizado el portento; mi historial es impecable y, en definitiva, si he podido alejar la muerte de mis pacientes durante todos mis turnos en esta unidad de cuidados intensivos, como cirujano tampoco se me hubieran muerto los pacientes, ni uno.

Viernes 23 de febrero de 2007.

Son las veintidós horas con dos minutos y esa señora me ha demorado. ¡Si no me excitara tanto! En algo tiene razón, debería haber una forma de extirpar la metástasis de la pierna restante sin necesidad de removerla, pero ya es tarde para salvar algún trozo de los miembros inferiores. No puedo cederle autoridad: una vez que regrese

del quirófano, la trataré con antibióticos de última generación, le procuraré un cuidado muy estrecho, con alimentación intravenosa incluida. ¡Sí!, no tiene otra opción. Así, quizá también el paciente podría beneficiarse, incluso ganaría vida como para un par de meses. Y, al mismo tiempo, podría experimentar con un nuevo tratamiento, más invasivo, en el femenino de 4 años... No es mala idea, si sobreviviera al menos por un año, eso le podría dar proyección internacional a mi carrera... Si tan sólo me pudiera deshacer de los prejuicios de esa señora, como si al mundo no viniéramos a sufrir. La madre, y sus locas ideas para el femenino de la cama 2. Pero, ¿pedirme que pare, tan de frente? Si de por sí uno nunca sabe qué pasa en el encéfalo de las mujeres. Pero no es decente pedirme que cese el tratamiento. No entiendo ese pensamiento. ¿Razonable? Como quiera que sea, NO LO PUEDO ACEPTAR, hice un juramento. Es inadmisibles, sería atentar contra mi reputación como intensivista.

Viernes 23 de febrero de 2007.

Son las veintidós horas con cincuenta y ocho minutos y sólo de recordar a la madre me estremezco. ¡Cuánta súplica!, ¡cuánto llanto! Es mi certeza: el dolor elimina la dignidad; y la objetividad y la serenidad y... porque eso de culparme, de atacarme... Sólo sería razonable si se considerara exclusivamente la situación del paciente, pero no podía no hacer nada, MI DEBER ERA REANIMARLA Y PUNTO. Y luego, esa mirada hueca, el frío inundando el derredor de la cama 2. No. ¡Nadie! Y yo que estaba tan de buen humor porque ésta era la segunda guardia... Y me pone el cabello de punta ese frío tan... mmm, agudo sería el término apropiado si fuera un asunto clínico. Pero no, jamás ha sucedido y hoy tampoco.

Por otro lado, ¿cómo podría ella saber que ya no hay nada por hacer? ¿Quién me asegura que en un mes o dos no se dé a conocer un fármaco... o algún tipo de procedimiento que pueda...? Incluso si tuviera una falla sistémica múltiple irreversible podría ser que no todo esté perdido, al menos no morirá en mi turno.

Domingo 25 de febrero de 2007.

Son las veinte horas con cincuenta y un minutos y, afortunadamente, entré a tiempo en la habitación; no quiero ni imaginar lo que hubiera pasado si me demoro unos minutos más. ¿En qué estaría pensando mi colega? Lo tengo claro, el deber del médico es preservar la vida, no dejarla ir. Y no hay nada que discutir; cada vez que su corazón se detenga o que, simplemente, deje de respirar, yo realizaré todas las maniobras necesarias para retener hasta el más ligero hábito de vida que quede en el cuerpo del paciente femenino de 4 años, cama 2, o de cualquier otro que se encuentre a mi cargo. Venirme a mí, ¡A MÍ! con toda esa sarta de argumentos en contra... En contra de la esencia de mi profesión, de mi fama. ¿Cómo podría seguir viviendo si hiciera que alguien...? ¿Cómo quedaría mi reputación? No. No podría convivir con ese peso sobre mis hombros. Nadie ha muerto nunca en mi turno. ¿Que no es casualidad? ¡vaya que si lo sé! Soy superior a cualquier falla multisistémica, incluso que la muerte, esa muerte con su mirada-agujero, constante, persiguiéndome, implorando como la madre del femenino de 4 años... No se me puede pedir que sea yo quien cese el tratamiento, el soporte de sus funciones vitales, que sea mi cara la última que vea el femenino de 4 años... ¿Que yo sea rebajado a ser un simple verdugo? No, eso jamás podría sucederme, no a mí. Mientras sea mi turno habrá esperanza. Mientras respire, mientras tenga pulso, y aún si lo perdiera en mi turno, en ese momento mi deber sería mantener en un rango aceptable sus signos vitales. Lo debe entender; un poco de sensibilidad le habrá de quedar a esta madre.

Por otro lado, estoy haciendo bastante: los sedantes mantienen los niveles de dolor en un rango aceptable, considerando el tipo de cáncer, la invasión tan agresiva de los huesos y las dosis legales de los fármacos para su edad. Quizá ella no está conciente de todo esto. Se lo diré ahora mismo.

Domingo 25 de febrero de 2007.

Son las veintidós horas y... ¡cuánta necesidad! Lo sostengo: un femenino de 4 años que ha recibido ese tipo de quimioterapia en las últimas 24 horas, de ninguna manera está en condiciones de tomar decisión alguna acerca de su propia salud, ni en esta circunstancia ni en ninguna otra. ¡A los 4 años! Y por lo visto, la madre tampoco. No tiene la claridad necesaria, a pesar de todos sus lloriqueos.

Domingo 25 de febrero de 2007.

Son las veintitrés horas con dieciséis minutos y, si bien es cierto que no es mentira, que la ley le brinda el derecho a opinar, ¡cuán exasperante es su actitud! Es la segunda vez que me hace salir de la rutina, pero mejor grabar un tercer archivo a que se me reviente el hígado del enojo. Desde cierto punto de vista, siempre que se excluya la ética médica, podría tener razón. Pero la cuestión realmente importante debería plantearse así: ¿ha servido de algo la vida del femenino de la cama 2? De ninguna manera, pero a mí me podría ayudar. Si tan sólo la madre dejara de gimotear y arrastrarse persiguiendo ese tétrico deseo. ¡Yo no tengo la culpa del cáncer de la paciente! ¿Por qué tanto tesón en contrariarme la práctica profesional? Un tratamiento de investigación, sólo un poco más de fármacos, quimio, una dieta rigurosa, lo mismo por lo que ha pasado una y otra y otra vez, pero con nuevas drogas, mejores. Todo se lo he explicado en términos simples, para que entienda y ni así. ¿Por qué no acepta la vida tal cual es? No lo entiendo, y menos en la víspera de su cumpleaños.

Lunes 26 de febrero de 2007.

Es la hora cero y el día de hoy amenaza con ser el Día, quizá pronto se colapsen todos sus sistemas vitales; se ha deteriorado su estado general; si tan sólo me hiciera caso la madre y me dejara experimentar con esos nuevos tratamientos. Al menos en mi turno. Estaré preparado.

Lunes 26 de febrero de 2007.

Es la hora cero con veintinueve minutos y si el femenino de 4 años, no hubiera dejado de respirar por casi un minuto todo seguiría tranquilo. Pero la saqué del paro cardio respiratorio. Qué alegría cuando se levantaron sus párpados, esa mirada inquisitiva fue magnífica recompensa, ahora habré de mantener sus funciones vitales con otro tipo de tratamiento, mayor agresividad y abundancia de fármacos.

¿Cómo es que no lo vi desde el inicio? ¿Una madre de rostro suplicante? ¡Bonita cosa! Su "¡Ya! Por favor, déjala ir", me retumba en la cabeza. Ese súbito y acentuado interés materno por la donación fue de una debilidad imperdonable, casi podría considerarse como la manifestación de un deseo reprimido de eutanasia. ¡Dios no lo quiera! En todo caso, la donación debe considerarse sólo hasta que la muerte sea declarada, luego de la falla multisistémica irreversible. Pero mientras sea mi turno se va a conservar la tradición, Mi Tradición. Así me quede trabajando por todo el resto del turno con Mi paciente femenino de 4 años, en la cama 2 de Mi Unidad de Cuidados Intensivos, en la cuna misma de Mi arte, de Mi fama, esos eventos son, sencillamente, imposibles. La madre dice que no puede aceptar más tratamientos ni experimentación alguna. Está bien, parece que ése es su derecho y no puedo hacer nada por ello. Sin embargo, lo mío: yo no puedo aceptar declarar, ni ésta, ni muerte alguna en mi turno, la de nadie. Mucho menos en su quinto cumpleaños. Quedará escrito en la historia de la medicina: NADIE EN MI TURNO.



El horizonte / Ramón Villegas

Oración

JUAN CARLOS QUIROZ

No rebusquen más mitos en mis labios.

*Soy la furia salvaje de una criatura
abandonada en el monte...*

Enriqueta Ochoa

Que el silencio no se extinga, que se esconda en esa leve ranura de la noche. Que este día se quede grabado en el alma de una piedra milenaria, justo ahí, en medio de las carnes de Pandora. Que el sonido forme un reflejo inesperado de cipreses, un destello de ocarina en cualquier ciudad del África sombría. Otro sitio y otro tiempo será siempre el adecuado para no ceder ante el miedo y la marea, para no guardar este hilo de palabras que comienza dentro de tu cuerpo. Tu nombre, tu nombre sobre el mar es sólo una castaña deslumbrante, sobre los fillos más finos de la arena, es un crepúsculo de estambre a la deriva. Hay un torreón de sol a las cuatro de la tarde, música de Mozart tiñendo el oído de Enriqueta.

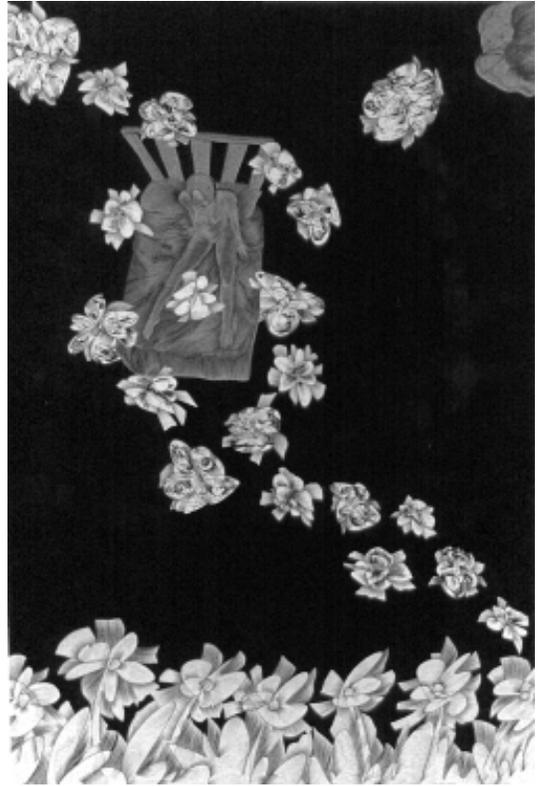
Señor

que la luz eterna
ilumine su camino

y que ella
sin ninguna condición

pueda habitar en tu morada

2 de diciembre de 2008



Insomnio tranquilo / Ramón Villegas

Anoche la lluvia

DAVID LÓPEZ AMBROSIO

Anoche la lluvia llegó temprano
al salir
me encontré con miles de soldados
verdaderos kamikazes líquidos
estrellados contra la acera
apilados haciendo un charco
las ranas lloraban su muerte
el olor de sus cadáveres perforaba mi olfato

me había perdido la pelea
entre gotas de lluvia lanzadas al vacío
por un Dios
que se hace valer de mil formas
para recordarnos que existe

Anoche llovió temprano
Y no estuve ahí para ver llover

Por Knock Out

ANGÉLICA SANTA OLAYA

Para no recordar que es domingo y está sola, anda metiendo la nariz entre las páginas mohosas de libros amarillentos. Libros como tabiques roídos por los dientes del olvido. Pedazos de historia con las esquinas rotas esperando una mano que los unja con un poco de ese polvo imperceptible, pero brillante del presente. De pronto, la imagen que dejó colgada en el último renglón de un poema escrito por la noche, se aparece acompañada del toque de campanas dominguero y un muchacho que hojea un libro de pastas desteñidas y menea la cabeza para manifestar su desacuerdo con un autor ausente, al que ya no se le puede reclamar nada. Le viene a la cabeza ese blues en el que toda la canción llueve sin remedio y la voz del cantante no alcanza a cubrirse ni siquiera en el corchete de la última nota. Es la cuarta melodía en su play list y se supone que el número cuatro es su número de suerte, pero a veces el destino se aburre de jugar siempre la misma cifra.

Sale de la tienda con tres libros de orillas dobladas y pastas rotas. Las cosas y personas que han sufrido ejercen sobre ella una especie de influencia malévola. Uno de los libros, pequeño y tieso de antigua humedad, le costó cien pesos porque fue editado en 1872 y pertenecía, según el colofón, a la Biblioteca de mi abuelo. Lo compró con la esperanza de encontrar en él ese cuento del lego sabio que su abuelo le contaba cuando era niña. Sentada en sus piernas forradas de un pantalón gris con la línea impecablemente planchada, penetraba a tientas el oscuro y lúgubre monasterio donde vivía un amo soberbio y su lego inteligente que supo alguna vez ganarle la partida a su señor. Desde entonces se creyó que contando historias podía saltar al otro lado del muro.

Para en un café, de esos donde acuden hombres de trajes listados y zapatos puntiagudos que brillan de tanto restregarlos con el paño, y una que otra mujer despistada con un cigarro en la bolsa, pero sin encendedor. El café es bueno, hace espuma y cura el dolor de pies. La dueña es una mujer vieja con la cara embarrada de maquillaje y un labial fucsia que desborda sus labios retorcidos en una mueca que quiere ser sonrisa. Dice groserías y exhala el humo de su cigarro clavando la mirada en los ojos de la gente. Eso le gusta. La vieja le hace recordar la áspera y tierna risa del abuelo. ¿Será posible que pueda saltar otra vez el muro? ¿Será posible que ellos puedan también, alguna vez, saltar el muro? Se pregunta mientras da un sorbo largo al café y acepta fuego del vecino de mesa. La vieja los mira y sonrío con malicia desde su rincón.

Dan las tres y como no quiere que la agarren desprevenida las cuatro de la tarde, camina con rapidez hacia la estación del metro. Se sienta de perfil a la ventana. En el asiento de ancianos, frente a ella, hay un hombre de traje negro y nariz recta. Tiene los labios delgados y cierra los ojos como si tuviera sueño. No le gustan los hombres de labios delgados; un día leyó en una revista que las personas de labios delgados son mezquinas. Mueve su bolsa para sacar un libro y sin querer pega en el brazo del hombre. Él abre los ojos y sonrío para indicar que no está molesto; luego los vuelve a cerrar. Frente a él, en el otro asiento para ancianos, un hombre de traje gris y bigote tupido la mira con insistencia. Tampoco le gustan los trajes grises olorosos a oficina. Comienza a leer. La mirada del hombre no la deja concentrarse. Al pasar por el túnel mira hacia fuera por la ventana y encuentra, en el cristal, el reflejo de una sonrisa también gris. El tren llega a la estación y la luz de afuera borra la imagen. Luego otra vez la lectura, el túnel y la sonrisa gris que la invita a sonreír; pero ella no cede porque el gris es un color que le atemoriza. Se esfuerza en leer unas cuantas líneas. En Coyoacán levanta la vista para checar su parada y encuentra a la sonrisa gris frente a la puerta, esperando que el tren se detenga para salir. La mira a los ojos a través del cristal. El tren se detiene. Las puertas se abren. La sonrisa espera un instante antes de salir. Ella regresa a las páginas del libro y las puertas se cierran.

Al otro lado del cristal el hombre se detiene. Ella lo mira por última vez. Debajo del bigote hay unos labios gruesos que le dicen algo que no escucha. Es demasiado tarde. Piensa en jalar la palanca de emergencia para detener al tren, pero no está segura de que la situación lo amerite. De hecho, su mano está ocupada en estrujar las frágiles pastas del viejo libro de cuentos. Recuerda que no compró cuatro libros, sino tres. Recuerda la sonrisa de la vieja en el café y tiene la certeza de que los muros a veces se disuelven por instantes pero, para cruzar la frontera, hay que sentarse en las piernas al destino y contarle un cuento que lo distraiga para que los dados choquen, otra vez, sobre el mantel y aparezca el número esperado. Eso requiere de tiempo y algo más. Hojea el libro sin muchas ganas. En el índice no aparece el cuento del lego sabio. ¿Para qué gastó tanto dinero?

Guarda el libro de cuentos en la bolsa y saca el poemario de Efraín Bartolomé cuestionando a Caronte: 'El infierno ¿cuál es? ¿La espera o la esperanza?'

Aborrece los días en que el número cuatro se le escabulle. Esos días en que la poesía le gana al cuento por knock out; como el cuento a la novela, diría Cortázar. Días sin respuesta en que se repite la misma historia: lleva cigarros, pero ha perdido el encendedor y una vieja, sabia, sonrío con sus labios grasosos color fucsia.

Metáfora P.

KARLA VILLAPUDÚA

Sos un niño.

Mi niño.

Lo sabe.

¿No se da cuenta?

Mire, qué torpe es usted.

Y

Hay abundancia

de amaneceres

para comer

chocolatinas

y otorgarse abrazos,

así nada más,

porque sí.

Y

Descifrar la ruta

del brillo

en un beso y otro

y otro.

Y

Marcarnos los labios

con la ternura

de una nube graciosa

y sentirse un poquito

muerto, así, despacio,

mucho, muy.

Y

Ya no digo nada.

Mi niño, sos un niño,

muchas

declaracioncillas de amor

en metáforas brillantes,

desquiciantes.

¡Va! ¡Yo que sé!

Niño lo sabe:

se porta bien.

Existen estalactitas de hierro

JORGE MANZANILLA

Busca un sitio en mi piel que no haya sido calcinado por el eco

donde la yema del aire siga conservando memorias

y el sol eyacule al fondo del abismo

Sin un posible retorno

La ruptura de la puntualidad

GERARDO HOY

El aparato holgazán había tenido la culpa de todo, se detuvo como si un viento frío, llegado de cualquier sitio, lo hubiera paralizado con la misma presteza con la que a él se le fueron cerrando los pulmones.

Decidió abandonar el sillón en el cuarto, entrar y buscar los ejes o engranes que hicieran girar las manecillas como lo hicieron antes, aunque para eso tuviera que romper cada una de las piezas, limpiarlas para darles movimiento, fuera carátula, borrar cada milímetro de polvo y devolverle la energía para seguir su marcha.

En otras circunstancias, de ninguna manera se permitiría hacerse pequeño, había aún muchas cosas por realizar, cosas como entregar con prontitud el informe antes de la comida, el reporte diario de sus trabajadores, todos llenos de rabia al mirarlo porque andaba desesperado, presionándolos para que terminaran y sólo así les permitiría salir al almuerzo.

Se hizo pequeño para colgarse de las agujas, recorrió los espacios huecos de los números, buscando devolver la vida al reloj, pero a pesar de sus intentos no lograba desentumir el aparato que alguna vez lo hiciera correr para llegar sin demora al trabajo. Esas mañanas cuando el café resbalaba fresco por su esófago, al despertar de los sueños correteados donde se miraba diminuto, pero justo cuando parecía inevitable su extinción, despertaba. Miraba las flechas que impasibles en su carrera, dividían en dos la hora anterior a la señalada en su horario de trabajo.

Un día mientras se llevaba la cuchara a la boca durante la comida, sintió el filo de algo que le abría la cabeza, se la empezó a tocar palpando cada uno de los puntos donde las junturas del cráneo se hacen más firmes y justo en medio de un parietal halló un cabello rígido que no podría arrancarse con facilidad; lo supo porque enseguida que notó aquel filamento, las raíces de éste fueron dispersándose por toda su cabeza presionándola cada vez más. Entonces miró con fijeza la hora, observó que el horario destinado para el almuerzo había concluido; fue entonces cuando le empezó la hinchazón en los bronquios.

En su espalda caía un vacío inextinguible que lo fisuraba cada vez que tosía, cuando se le iban cerrando los pulmones a pesar de escupir las flemas y saberse congelado por dentro, después llegarían los vómitos, los espasmos que le detenían la respiración. Si hubiera podido en ese momento de tos y fiebre hacerse pequeño como ahora, hubiera penetrado a sus órganos para limpiarlos y frenar de ese modo la vejez. Porque se le notaba en los ojos, según le dijo el nuevo jefe; así que lo mejor era renunciar y disfrutar de su pensión. Entonces no había más por hacer, recogió los informes, archivos muertos en su escritorio, le dio una última hojeada al "manual de la puntualidad", se dirigió a su casa mirando sólo de soslayo a los hombres que alguna vez estuvieron a su cargo.

Vagando entre las tuercas, ejes, barras, resortes, fue descubriendo la ruta para llegar al centro de la maquinaria, del mismo modo como había hallado la ruta para llegar a su casa, el último día de trabajo. Llegó con la ligereza con que el autobús va surcando las calles y las avenidas, momento en que los hombres van guardándose del sol en medio de las aceras, y él, alejado del trabajo cuando apenas empieza la mañana.

Por cualquier rincón del cuarto el sol aún apuraba sus chispas arrastrándolas por el suelo ¡Qué hacer con toda la mañana! Y con todas las mañanas que faltan. Entonces subió hacia la máquina, rompió la carátula y se internó para desentumirla.

Líneas cruzadas y paralelas, círculos metálicos en ascenso, cada uno dormido dentro del aparato sin mostrar indicio de moverse; empujó los remaches, las cuerdas, se colgó de los empaques, marcó el tiempo con ambas manos mientras afuera, quedaba un sillón vacío en el centro del cuarto.



Retrovisor

ANUAR ZÚÑIGA NAIME

Los restos de claridad que quedan en el cielo se desgajan ante la embestida de una nube espesa que parte la tarde por la mitad.

Tomás está atorado en el tráfico.

Una gota de agua revienta sobre el parabrisas de su coche.

—Me estoy meando, carajo.

Ensambla la mirada en uno y otro lado de la calle buscando una gasolinera, un baño. Nada.

La gota desciende lamiendo el polvo del cristal.

La nube sigue tragándose pedazos de cielo y los faroles comienzan a encenderse en las esquinas.

Tomás revoluciona el motor desesperado.

Enciende la radio. Las bocinas escupen los últimos acordes de una cumbia y el auto se llena de un silencio cargado de interferencia. Un locutor irrumpe.

Las autoridades de la AFI, en conjunto con Interpol Guatemala confirmaron hoy los rumores sobre la existencia de la pandilla auto denominada "Los Sangre"...

—Siguen con esa mamada.

El locutor describe el ritual de iniciación de la pandilla, el alacrán de su voz envenena cada una de las palabras impregnándolas con una suerte de pesadez morbosa.

El licenciado M, director de la Procuraduría General de la República, afirmó hoy en conferencia de prensa...

Tomás topa con otro alto y las ganas de orinar le acometen con fuerza. Su vientre se expande contra el cinturón de seguridad. Se agacha y busca debajo de los asientos, rogando por que alguno de sus hijos haya dejado una botella de refresco vacía donde saciarse.

Un enjambre de pelusas acumuladas por meses se adhiere a sus dedos como un montón de arañas minúsculas. Vence un escalofrío y palpa el suelo desesperado. Nada. Se endereza.

Un rugido de motores surge desde la parte de atrás de la marabunta de carros y avanza hacia Tomás. Un coche lo rebasa y el conductor le dirige dos chingatmadres a quemarropa.

Tomás voltea hacia arriba. La luz verde lo mira como el ojo de un cílope mecánico.

—Has de traer mucha prisa cabrón.

Avanza hasta el siguiente semáforo. Enciende los limpiadores. La llovizna estalla en tormenta.

La angustia se revuelve en el interior de sus intestinos. Tomás barre nuevamente los extremos de la avenida. Ningún baño.

Trata de perderse en la sucesión de luces que avanzan frente a él.

En lo alto se enciende un foco amarillo. Una gota igualmente amarilla se desliza entre sus muslos.

Los coches aminoran la velocidad hasta detenerse en una hilera de faros. Las gotas de lluvia quedan momentáneamente suspendidas en el aire por el fulgor de la luz.

Un hueco de oscuridad se hunde en el extremo derecho de las líneas de agua. Tomás cree distinguir el contorno de un Volkswagen atomillado en la penumbra. Hace un rápido cambio de luces y continúa con su marcha.

Dos cuerdas adelante, un muro de metal apretado le obliga a detenerse. Otras tantas láminas lo aprisionan por detrás.

Observa por el retrovisor como crece la lombriz de fierro de la que ahora forma parte. Cree divisar al vocho acomodando su carrocería al final de la lombriz. Los faros, ahora encendidos, no le permiten estar seguro.

En el radio, el locutor continúa.

...si usted maneja de noche y ve un automóvil con los faros apagados, por ningún motivo realice el cambio de luces. Esto es el ritual de iniciación de una pandilla autodenominada "Los Sangre". El aspirante a pertenecer a dicha pandilla debe conducir con los faros apagados a la espera de que algún conductor le haga el cambio de luces...

El vientre de Tomás se inflama haciendo intolerable la presión. Desabrocha su hebilla.

—Ya no llego, muévanse puta madre.

Cierra los ojos y presiona los párpados con los nudillos. Intenta no pensar en chorros de agua.

La lombriz de metal se despereza y comienza a arrastrarse por el asfalto. Tomás vuelve a mirar el reflejo del Volkswagen en

el espejo. —¿Por qué se quedó en el alto si iba a dar la vuelta?

El cerco de fierro que lo rodea comienza a fragmentarse.

Presiona el acelerador muy despacio y una segunda gota cobriza se asoma a la superficie. Tomás vuelca su angustia sobre el claxon. Trata de ahogar con la bocina el sonido de las gotas que repiquetean sobre el cofre como patas de insectos, intenta acallar el constante tragar de agua de las coladeras anegadas, la voz de la lluvia metiéndose en los charcos.

El Volkswagen aparece de nuevo en el retrovisor contemplando su desesperación con ojos de avispa.

Otra luz roja se le echa encima y la voz del locutor cobra volumen en sus oídos

....una vez realizado el cambio de luces, el aspirante debe seguir a dicho automóvil y matar a todos los ocupantes del mismo. Por favor comuniquen esto a sus familiares y amigos. A Tomás se le pega el miedo en la garganta como una telaraña. Mira al Volkswagen.

....por ningún motivo realice el cambio de luces... Se le seca la boca.

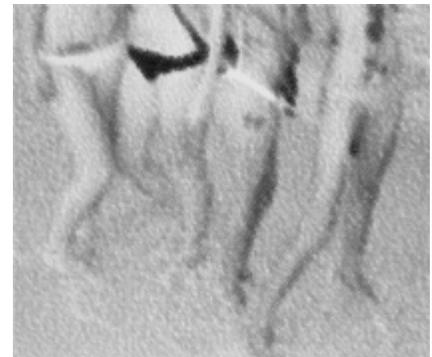
....esto es un ritual de iniciación... Sus manos se crispan sobre el volante.

....matar a todos los ocupantes del coche... El Volkswagen se detiene detrás de él.

....una pandilla autodenominada "Los Sangre"... Tomás baja de su coche. Se planta frente al Volkswagen. Los faros encendidos no le permiten ver el interior.

El lienzo de agua se cierra sobre él llenándole la ropa de pequeños puntos.

Una mancha oscura crece en la bragueta de sus pantalones.



Hule Chick

MARÍA MONTELONGO

— Eres una gran tipa, muy inteligente, llena de vida y tus ojos brillan de sensualidad...

¿Por qué se dicen tantas pendejadas cuando te quieren mandar a volar?

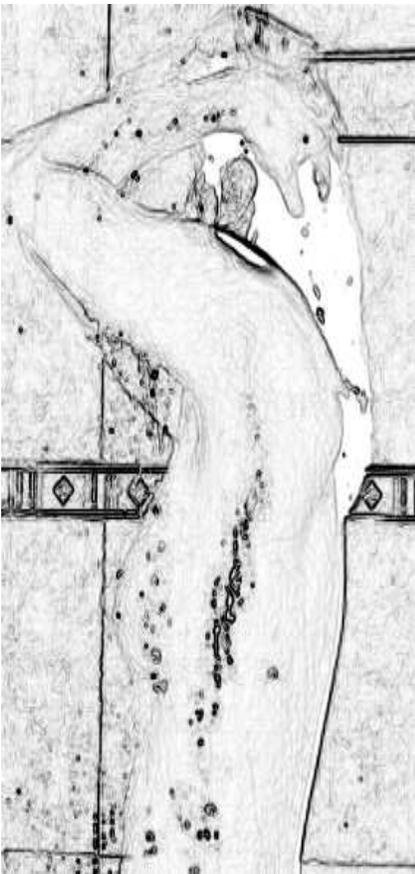
Debería ponerme un vestido de hule amarillo y dejar que me digas "pollita". ¡Pollita a volar!

No quiero escucharte. Se me ha descargado el corazón como un montón de revólveres disparando a cientos de policías. Te vas. Y sé que es lo mejor. Camino rumbo al centro y evito pasar por un Kentucky. Soy una pollita, no debería de temerle a las franquicias de comida rápida, pero soy una sabrosa pollita, una pollita de hule. Me han botado y dejado sin balas.

Ser amigos es una grosería, ser novios una ñoñería y lo que fuimos, una mentada de madre.

Entro a un bar y relajo la mandíbula con tequila, un chico se arrima y me invita un trago. Hablamos, bebemos y somos consecutivos entre tragos y cigarrillos. Eres muy bonita, comienza él diciendo.

Hace tiempo hubiera dicho 'gracias' con una gran sonrisa y una mirada de lujosa coquetería y hubiéramos comenzado una gran historia de amor. Ahora como 'hule chick', puedo pagar la cuenta, decir vete a la gran verga y dejar a un pollito atrás, y dejar su corazón sin plomo.



Parque

CARLOS AGUASACO

El poema es un recurso de la piel
abrigo de huesos y el corazón que late
Nací para llorar a cántaros y sentarme en los parques
La lectura en voz alta es hija del poema que se prolonga en el aire
Nueva York juega a ocultarse bajo el sol de la tarde
Soy un bulto sobre el césped que mira las palomas volar en círculos
El tren elevado marca el paso de los minutos en intervalos de a siete

Vengo hasta aquí para sentarme en silencio

Si fuera un árbol mis ramas harían una pirueta en busca de luz entre los edificios
Si fuera un árbol mis raíces serían el remedo de esa pirueta
Me quedo inmóvil hasta que una paloma me caga la cara
Y me río

porque también me sé reír a cántaros

La piel escucha el poema y se eriza con sus acordes
La lectura en voz alta le rasca la espalda al viento
Y el tren, que allá viene, hace inaudible la siguiente línea

Crónica del performance “El arte de la libertad”

MARIO PINEDA

Es un poco más de las ocho de la noche en el foro cultural “La Periferia” y hay un punto blanco en la tierra de su patio, es la cabeza de una mujer joven. A lo lejos parece sembrada titubeando con los ojos y sus labios en descanso. No sonrío o se molesta, ella es seriedad absoluta protegida por una fuerza de luz que abre la oscuridad. Frente a ella, en el pavimento, la miran otras cabezas pero éstas sí tienen brazos y piernas. Algunas, también inmóviles, imitan su silencio y encierran todas sus expresiones liberando la más tranquila. Mientras que a las demás no les agrada el sigilo, se mueven en cualquier momento, toman cerveza, hablan y preguntan: ¿Va a desenterrarse?, ¿Qué más va hacer?, ¿Hay que sacarla?... ¡Alguien vaya a preguntarle qué onda!

Pero nadie se acerca, todo sigue en la misma secuencia, la cabeza sola en la parte trasera del patio y los mirones debatiendo entre ruido y calma. Pasan varios minutos, quizás diez, y un movimiento llama la atención. Es una muchacha que se libera de la acción común de todos y mostrando la espalda camina en línea horizontal aparentando temor, pues da un paso y se detiene, vuelve a dar otro, dos más y alto. Nuevamente avanza sobre su línea imaginaria parándose casi adelante de la cabeza aunque aproximadamente a tres metros de distancia y como si algo le encadenará los pies no sigue su camino, simplemente observa.

Por lo cual, los minutos sin acción se vuelven a esparcir en el ambiente, empujando cuerpos a la salida, sentando a los parados, parando a los sentados y desesperando a más de uno pues quieren saber qué más va a pasar, si pronto va hacer algo esa cabeza o cuánto tiempo seguirá ahí en soledad.

Entonces, tanta duda provoca que tres muchachos decidieran a suerte quien iba a ir a ella. Juegan un disparejo, se equivocan, no hay un ganador, hacen trampa y uno declina; los otros dos deciden cambiar de juego, ahora es un “piedra, papel o tijera” y mueven sus manos sin sentido para crear la figura teniendo como primer resultado un empate, continua el empate y al tercer duelo un perdedor, pero éste le dice al ganador que vaya pues ése era su premio. El victorioso no quiere y le pide al derrotado que cumpla

su castigo; finalmente, tras una discusión infantil... deciden ir los dos.

Este par, a diferencia de la primera joven que caminó, no tiene temor ni frenos en sus pasos y rápidamente llegan a la cabeza, la miran unos segundos, hasta que el muchacho más alto pregunta con voz fuerte: ¿Quieres que te desenterramos?, pero la cabeza responde con silencio, haciendo que los dos hombres aparenten no saber qué hacer. Inician otra discusión, ellos mismos la interrumpen y sus dedos tocan la tierra. Escarban, escarban, escarban, las cabezas aprisionadas a su gusto en el pavimento se ríen de ellos, pero no les importa, continúan manchando sus manos con la tierra encontrando un brazo, luego un vientre, un muchacho se les une, también una joven; ahora entre los cuatro mueven la tierra hasta que encuentran el cuerpo femenino completo de la cabeza, quien a pesar de todo no tiene palabras o movimiento hacia sus desenterradores. Por lo tanto, agarran al nuevo cuerpo de los hombros, brazos e intentan pararlo, cuando lo tienen casi erguido lo sueltan y como si no tuviera columna vertebral y otros huesos, la cabeza con todo su cuerpo liberado se va boca abajo. Las manos de sus desenterradores interceptan la caída inmediatamente y la acomodan en la posición mencionada.

¿Qué vamos hacer?, se preguntan los cuatro quienes poco a poco se sueltan en una palabrería para llegar a un acuerdo. Mientras la cabeza tiene frente a su rostro la tierra que la tenía atrapada, aún así, no hace ruido ni un ligero movimiento. De repente, el más alto del cuarteto calla a todos diciendo: antes que sigamos dando ideas, vamos a ponerla boca arriba, porque debe estar de la verga estar así.

Las manos sucias nuevamente sujetan las extremidades del cuerpo femenino poniéndolo en posición contraria. Unas quieren echarle la tierra, las otras no y entablan

la idea de llevarlo al cemento. Así se hace, lo cargan de extremo a extremo, estirando sus brazos y piernas hasta llegar al concreto donde delicadamente la acuestan. Después los cargadores dan pasos hacia atrás, ante la esperanza de alguna reacción, pero ni siquiera un hola, una mueca o un meneo. Lo único que se mueve es la luz para seguir impidiendo que la oscuridad toque a la mujer inerte.

Pero esta mudez a favor de la intriga, no inspira soplos de fastidio, motiva a aplicar otras técnicas de resurrección. Entonces las propuestas vuelan por encima del bulto humano femenino, pero ni una cae a darle vida. Alguien dijo darle un beso, los demás negaron, alguien quiso enterrarla, los demás negaron, intentan pararla, la regresan al suelo y el muchacho más alto dice: vamos a sentarla. Haciéndole caso, las manos jalan y empujan hasta que medio cuerpo está en vertical durando un par de segundos pues, como anteriormente, muestra su falta de fuerza yéndose a la izquierda, a la derecha, una espalda se ofrece de soporte, aguanta, aguanta, se quita y la dama inactiva va al piso.

La mayoría se rinde, creen que lo mejor era dejarla enterrada, razón que no le parece al muchacho más alto y comenta una última opción: Estaba en tierra, de seguro como planta, le tenemos que echar agua para que viva.

El joven se va, dejando una estela de segundos vacíos, pues nadie, absolutamente nadie, realiza algo. Retorna con una lata de cerveza, se acerca al cuerpo removido y a distancia pone la lata frente al rostro dejando caer el líquido transparente, cuando se acaba, espera, espera pero no ocurre nada. Finalmente acepta su derrota y es retirado con sus compañeros mientras que el cuerpo, el bulto, la mujer inerte de nombre Yanin Elizalde sigue sin moverse.



Manantial incendiado

Manantial incendiado

JETZABETH
FONSECA

En estas letras que resbalan por la flor oscura,
va también la tempestad que levanta el vuelo.

Es este boceto de ti —el que no conozco—,
el que sabe de este lago sexual que en mí se esconde.

Creo que tienes un lecho con olor a opio
y que te convences de tener unas venas arrodilladas.

La lengua del sudor baila por el cuerpo,
llega hasta los amarfilados pies.

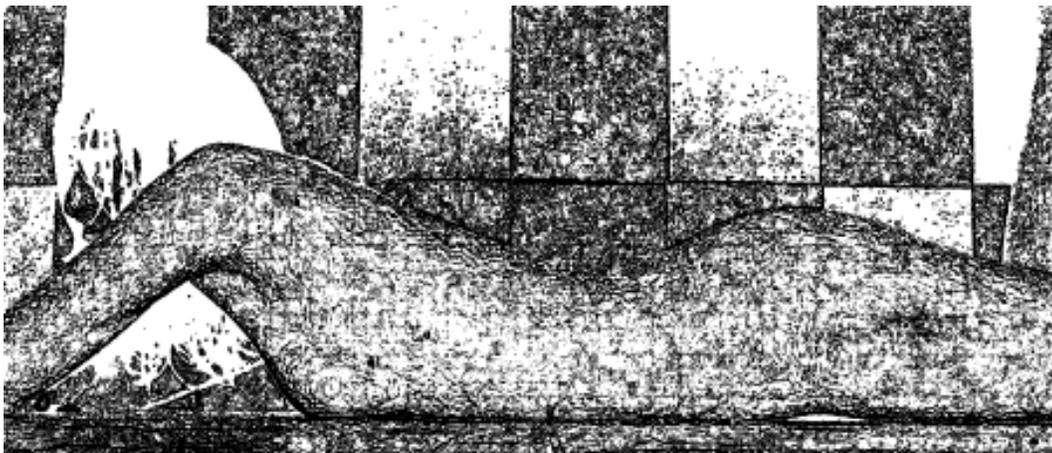
Anuncia la batalla.

Eres aquel que ata el tiempo,
el que se hunde en los cuerpos.

Delicioso botón penetrado en la pupila,
espera la condena de tu estallido.

Un meridiano me habita,
con un manantial incendiado.

Es la furia de tu hierba,
un silencio después de la ansiedad.



Tríptico de letras

ANA FRANCO ORTUÑO

Tríptico de letras

I

si dicta la música

diluye

en el contorno

duele

lo que triunfa

¿qué triunfa?

al golpe del acento pierde

la palabra

(nos revelamos)

II

acento sentido /marca como hiere/

sobre la hoja de papel

o

el corazón hojado

revienta en cristales

(chilla)

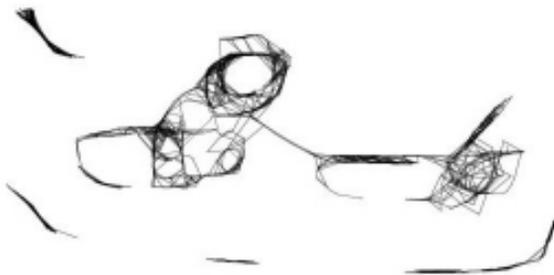
anémicos nombres

agota sus espasmos mi geografía

(si me revelo a la textura/ duele)

miro en acuarelas oigo

y me es casi imposible evitar las intervenciones de la piel



III

Yo

Yo

Yo

avanzo
hacia mí en un vértigo

qué asusta

(la caída):

Pd:

quiero ver

pocas

l e t r a
s

Muros

SAULO DE RODE

La herida en mi costado me ha derribado
y sobre mis huesos caminan verdugos
insectos que comen las hierbas del dolor
que escupen la saliva infectada de blasfemias estrangulando el aire.

En el aire las palabras de mis huesos rotos:
el llanto sin calor de la lengua cortada
la hierba hambrienta caminando en el vacío,
la ventana enumerando brazos fracturados.

Derribado el miedo se arrastra como el agua
preguntando en las puertas de la boca
 donde se camina con los pies quebrados
si los dientes postizos se tragan
desaparecen en la memoria,
saltan el muro frente a los ojos
mirando al cuerpo caminar
con la piedra en la mano.

Praga

YOLANDA AGUIRRE

Cruje mi osamenta en el castillo
gótico es el invierno que me invade hasta la náusea
el viento insoportable quiere dejarme inerte
para ser contemplada por las altas columnas de San Vito
un helado sobresalto místico me sofoca
gentío cámara en mano fastidia el tránsito
no culpo a euros o dólares que circulan por callejones kafkianos
(las coronas de esta reina no consiguen comprar una chalina)
tampoco me quejo del reloj astronómico y evangélico
ni del políglota librero de Kundera
sólo quiero sentir los pies al cruzar el puente de Carlos.



Consuelo del nómada

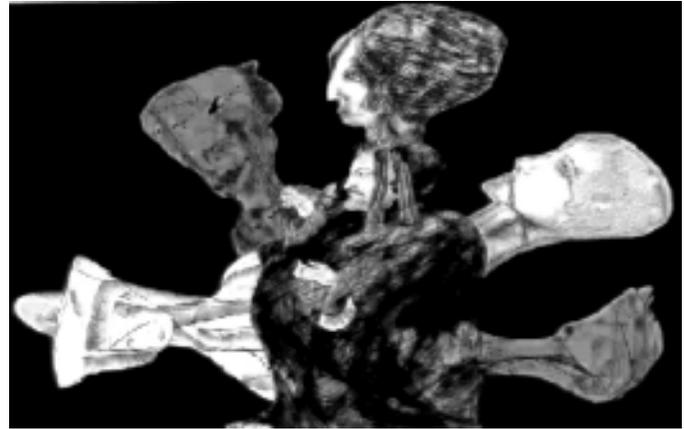
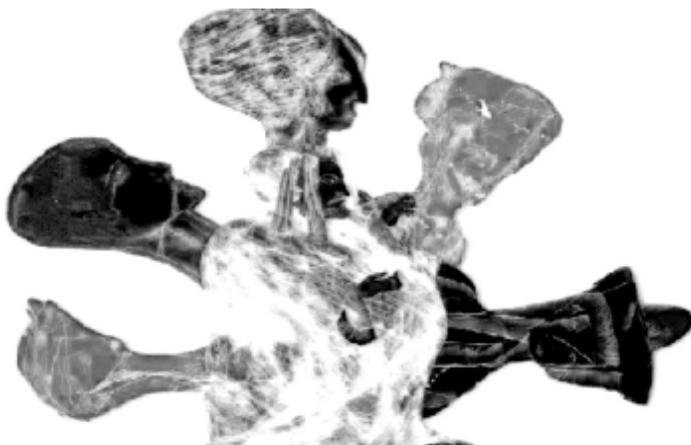
ANA CINTHYA URIBE

Un avión
enfermo de tuberculosis
escupe kilómetros
y adioses a estos océanos

me acerco de puntillas a la noche
le tomo la temperatura
froto su pecho
con conservas
eucalipto
tequila
y los fetiches restantes de la visita anterior

esos que dicen
que fui yo la *ciegasordaymuda*
la palomita imbécil de la paz imbécil
que estuvo buscando olivos en tus pestañas

No he llegado aún
perdí visa, pasaporte, brújula y ganas
estoy sentada en la interminable sala de espera
de mil culpas
que no desean cancelar el vuelo de vuelta



El poder de Seguisundo / Ramón Villegas

Viajo
paseo mi lengua aburrida
por chocolates
y aceras lejanas

[en una mueblería de la calle mayor
una niña fue abducida por una mecedora
que siempre, siempre quiso tener nietos]

tengo la intuición
de que respiro del constante cruzar de fronteras
de que fluyo como agua de montaña
lejos

regreso al parque
me escurro por la fuente que apacigua al ciclista
escenifico un picnic
para los sueños que otros tenían de nosotros

caigo
—caducifolia—
desde un banco de madera

y espero
a las carnívoras avispas
que se llevarán
la naftalina que se ha impregnado en mis ojos.

Cuentos rápidos para contar despacio

FRANCISCO LOPE AVILA

El ratón viajero

Había una vez un ratón que vivía en el rincón más oscuro bajo la escalera de un sótano seco y arenoso.

Una tarde que salió de paseo encontró un libro con fotografías del sol, la luna, los cometas, las estrellas y en la portada la cara hambrienta de un voraz hoyo negro.

Decidió abordar la cápsula del cohete que ilustraba la contraportada y no vio cuando la escotilla se cerró y los poderosos motores llevaron la nave espacial a la galaxia X13 del cuadrante PS, la más cercana al centro del universo. Junto a ella se encontraba el monstruoso hoyo negro de la portada. La galaxia estaba a un año luz de distancia de la inmensa garganta que pronto la devoraría.

El ratón pensó rápidamente y pasó con mayor velocidad que las de la luz y su pensamiento juntos las páginas del libro hasta que encontró en el apéndice al hoyo blanco recién descubierto que ayuda a las galaxias y a los astronautas polizontes. Liberado del peligro, regresó a su oscuro y arenoso rincón del sótano que ahora también estaba húmedo, pero sin peligro alguno.

Una aventura de papel

Cierta mañana fresca de primavera, un ruiseñor que vivía en la rama de un almendro cercano a un río risueño y juguetón, abandonó su nido para ir al naranjo crecido a la cercana orilla del río. Allí se topó con un barco de papel encallado en la arena.

Con más curiosidad que miedo, el ruiseñor detuvo su vuelo y posó sus patas en la proa del barco. Levantó una de sus alas apuntando hacia la otra orilla del río. Éste, de inmediato condujo la embarcación haciéndole caso al ruiseñor. Pero, en medio de las aguas se hallaba una hambrienta piraña.

El ruiseñor se erizó de valor y ordenó a su barco de papel que embistiera a la piraña. Pero el río, que sólo quiere jugar y no está de acuerdo con los arranques violentos entre vecinos, revolvió la arena del fondo de tal modo que la piraña todavía mantiene cerrados los ojos de tanto ardor. El ruiseñor retornó a su nido en el almendro verde y elevado. Desde allí cuenta a las mariposas, palomas y gorriones su aventura de papel.

Para cazar klamerazas

La klameraza es el monstruo que habita los horizontes de la Llanura Azul. Los drons de la Colina Más Allá del Cielo Medio suelen cazarla cada vez que la luna inicia su eclipse amargo justo al fin del medio año. Posee doce inmensas orejas con las que rodea su cuerpo para protegerse de sus enemigos. Además, despide un olor negro y expele un ruido sinuoso con los que desorienta a cualquiera de sus perseguidores. Cuando los drons olfatean la oscuridad y escuchan el ruido a su alrededor, disparan sus arpones y redes. Así la atrapan.

De la primera luz

JUDITH SANTOPIETRO

I

Parirse
desde este nido antiguo
encerrada en la cueva del océano
y después abrir en el mundo la herida de luz:

nací en un lugar de tierra y telaraña
en la luna del octubre más iluminado por la madrugada.

El jardín afuera se llena de espanto:
 un presagio hace *tintinear* los animales
en la madrugada que se esculpió
sobre una estela madura

Pero hay un fogón hecho de mi voz
que los enmudece
como el grito de tormenta
y el crepitar de las rocas bajo los pies

Mi abuelo silba una canción
mientras esparce su aliento de tabaco por la casa;
su voz un día se apaga en el altar:
ya no existe la brasa de su nombre
mas que en mi nombre

Poema ganador de los L Juegos Florales Nacionales de Poesía "Lázara Meldiú", Papantla de Olarte, Veracruz, 2009.

*Y yo me iré muy lejos
Más allá de esas sierras
Más allá de los mares
Cerca de las estrellas
para pedirle a Cristo Señor
que me devuelva
mi alma antigua de niño
Madura de leyendas...*

Federico García Lorca

Íbamos por el camino

lo juro

si no lo vi morir
fue porque buscaba las chicharras
asidas de los árboles
en ese parque de moribundos

Desde aquel día recuerdo qué es el fuego
cuando la tierra cayó
sobre su cuerpo de sal y humo:
entonces encendí el primer fósforo en mi mano:
una huella detenida
en cada esquina de la casa
donde la flama acaba el pregonar
de la oscuridad

Más tarde,
olvidamos su presencia
entre las horas de café
con la tristeza de los tangos
en la levedad del corazón

II

Huelo la brisa de las palmeras,
a lo lejos las palabras brotan del nervio áspero de su centro
amanezco con el poema alojado entre mis ojos:
ese mineral vive aún en mí

Por aquellos años
libros oscuros y secretos
duermen en las hendiduras de los desvanes;

atisbo sobre sus lomos de bestia
que procura descansar en cada grieta del tiempo:
la tarde huele a copal:
nunca más tu sangre
mas que en mi sangre

III

Sólo soy costra polvosa
rasuro la hierba tardía con la tenacidad
de quien anhela tocar los abismos,
escucho el viento verde
la piedra ríe
en esta tarde incierta que se abre a mí

La habitación descubre una vaga línea
de calles ensanchadas con el golpe de cristales;
aquí espero la humedad interrumpida,
los cascajos diáfanos,
para que los ruidos del agua me despierten
de esta sublime ebriedad



V

He dejado de mirar el mundo
con la sinceridad de una niña
que olfatea a los leones en las aceras,
esta vez
paso las noches
en la última hendidura de la almohada
con una columna de serpientes y escorpiones:
silicio gris y traslúcido

Este murmullo de las aves
me aturde a diario
como el desquicio de un sin fin de hombres

este breve pujido del hambre
me impide dormir

este sillón de piedra
cada madrugada
es un pedernal sobre mi espalda

Voy por el sendero
donde mis ojos cristalinos
estrellan su mirada:

donde la lluvia y

las culebras de agua

germinan la sal
en la profundidad de mis pechos

VI

Hay sentencias que jamás se dicen,
pero la saliva se me astilla de tanto detenerme:
siempre me he sentido sola,
aún desde el primer soplo de los hombres
en mi garganta.

Encender la palabra para ahogarse

ADÁN ECHEVERRÍA

*Ya tengo el tokonoma, el vacío,
la compañía insuperable,
la conversación en una esquina de Alejandria.*

José Lezama Lima

Imbuirse en la tradición literaria sin dejar de lado el homenaje, la influencia, el sentir, y con todo y a pesar de todo, crear el propio espacio para la hoja blanca. Así y desde ahí puede darse una primera lectura de *& mi voz tokonoma*, hacia descubrirse en el caer de la voz, en las palabras que surgen del intelecto por una causa: haber sido tocado por el poema, por la poesía toda, por las lecturas y ese cable que se tensa para encontrar el sonido adecuado. Villaurrutia, Lezama Lima, Cortázar, quizá Wallace Stevens, por ahí algún eco de Jaime Sabines y hasta Ernesto Lumberras; visitando así mismo las coplas infantiles o los trabalenguas, todo lo que va formando nuestra tradición, vive y anida, es el sentir desbordado que apunta a una visión amplia de la palabra. El alimento, el combustible que despierta la flama: "Anda carniza, que brille algo de tu fósforo", dice el poeta.

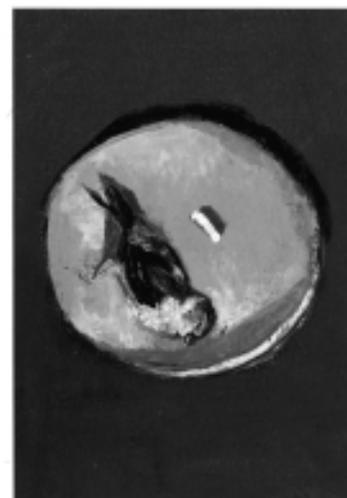
& mi voz tokonoma en apariencia no es un libro fácil, es un calidoscopio, un poliedro de significaciones. Es sentarse, ante todo, frente al ritmo que el autor ha pautado en su lectura; pero va más allá de la sonoridad: tiene en su cadencia de ideas, signos, significantes ese complemento que lo lleva a ser una veta de posibilidades, a estallarnos en el rostro, como una caja de sorpresa, y deleitarnos.

Desde el vértigo y velocidad en que se vierte la primera parte, cuando miramos a la voz caer, detenernos en la contemplación del bosque, y avanzar completos hacia el poema que dura y quema al mismo tiempo, el poemario se ciñe sobre unos versos de Villaurrutia y está dividido en tres partes: Cae mi voz, Y mi bosque, Duraquema, en alusión al *Nocturno en que nada se oye*: ... cae mi voz / y mi voz que madura / y mi voz quemadura / y mi bosque madura / y mi voz quema dura / ... Para guiarnos hacia la soledad, hacia la nostalgia, hacia mirarnos el rostro en el espejo de revelaciones.

Como la poesía es ese ardor duradero y va quemándonos a cada lectura, el autor cierra su libro con un apartado intenso y degustable: Duraquema. En esta tercera parte Efraín, sin dejar atrás la ruptura de la forma, termina por ahogarse en el propio incendio de la voz: *Uno está solo y mentira, para taladro como ése / apenas creer en la superficie bajo los pies*. El autor logra con imágenes como ésta: *El hoyo que eres / no lo eres en femenino...* trazar la ruta hacia el erotismo. Sumido dentro de la tradición literaria infantil, uno descuella las ideas que hacen de la Caperucita un devenir erótico: *Durante algunos meses fuiste la más querida viviendo entre lobos*. Puede uno detenerse a mirar, voyerista al fin, la silla que deambula malintencionada por el cuarto, con dos ejemplares fornicando.

Cae la voz si nadie la escucha, cae hacia la flama del poema, hacia la luz de la hoja en blanco, y ceniza ya, como punta de carbón dibuja sus formas en el papel. Hágase los signos, signifiquen, que el poeta ha madurado las ideas, y éstas caen como frutos a la canasta del libro. Y con ese cúmulo de incendios en el vientre, el autor va por el atajo hacia los lectores, ofreciendo esos racimos de fuego, incendiando las gargantas, los ojos, los sentidos: *Pues bien, hoy vengo por ti, ya es la hora, recoge tus migajas...*

*& mi voz
tokonoma*
Efraín Velasco Sosa



Fondo Editorial Tierra Adentro

Absurda desolación

ALMA ROSA TAPIA

De una tibia mano, cosquillean hombrunos
dedos, exterminan las ansias con una fuerte
convulsión bajo el frío del agua como hielo,
exiliada de la regadera.

La mano es verdugo que asesina, estira,
ahorca, sacude en busca de alivio.

Vence al miembro que expulsa leche
rancia de anteriores madrugadas sin asilo.
Finalmente la simiente como cicuta es
vertida en el limbo-coladera.

Un colchón en llamas, da cobijo a piernas
febriles de una cristiana, la culpa no
detiene una mano que desesperó por ocultar
el gusto.

Hambrienta de muerte lleva el crucifijo
empuñado, incursiona en extensas llanuras.

Ansiosa desciende, cautelosa se introduce
en la cueva; un par de soldados firmes,
un par de fieles dedos, con ojos en las yemas
miran como antorchas,
disparan al clítoris erguido.



Radio Vaticano

FERNANDO DE LA CRUZ

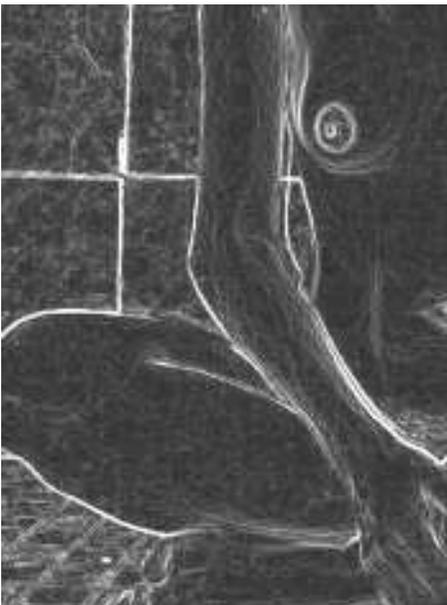
La gente pasa a mi lado y se persigna.

Refugiado a la sombra de una iglesia que se impone tanto como el sol,
cuento veinte autobuses por minuto —ninguno es el que espero—,
mientras voy renunciando, una a una, a las virtudes teologales
y me convierto en ídolo de piedra, sediento de la brisa redentora,
fresca como la sangre de todos los que pasan.

La sombra va cediendo y el astro endemoniado
ya me pisa la punta de los pies.

“Es la una cuarenta”, dice el radio de un coche
que Dios omnipotente ha enviado
para echarme el tiempo en cara, entre ráfagas de humo.

Y a todos los que miro persignarse, les importa un carajo.



Esa imparable necesidad de sangre

ELENA MÉNDEZ

Vampirismo. Un tema antiquísimo dentro de la literatura, tomado del folklor europeo: seres nocturnos e inmortales con una insaciable sed de sangre.

Antiquísimo, hemos dicho. Sin embargo, no pierde vigencia. Baste recordar, en los últimos tiempos, a autoras como Anne Rice y Stéphenie Meyer, cuyas sagas vampíricas han sido llevadas al cine con gran éxito.

Si bien Rice presenta a estos extraños seres como llenos de conflictos existenciales, Meyer los idealiza.

El multipremiado cineasta Guillermo del Toro, creador de *El Laberinto del Fauno* (2006) aborda el vampirismo con una visión apocalíptica, muy distinta a la de ambas autoras.

Nocturna, novela escrita al alimón con Chuck Hogan, es el primer libro de la llamada "Trilogía de la oscuridad".

En ella se narra la misteriosa muerte de 216 personas dentro del avión Regis 753, procedente de Berlín.

Dichas personas, pese a haber llegado a su destino final, Nueva York, no alcanzan a descender. Incluso la nave ha perdido la señal.

Todo esto origina una inmediata movilización en el aeropuerto JFK.

El escaso daño que presentan los cuerpos, así como las extrañas pistas encontradas alertan a las autoridades, quienes temen por la salud pública.

El doctor Ephraim Goodweather, encargado del proyecto Canary (detector de amenazas biológicas), es designado para investigar los restos humanos, así como para tener en observación a los cuatro sobrevivientes: el capitán Redfern; la exitosa abogada Joan Luss; Ansel Harbour, programador de computadores; y el polémico Gabriel Bolívar, estrella de rock.

Lo que al principio creen un virus fulminante es, en realidad, la señal de una presencia maligna: El Amo, otrora Josef Sardu, joven noble polaco afectado de gigantismo, quien devino vampiro al buscar remedio para su mal.

Quien conoce mejor que a nadie al enemigo es Abraham Setrakian, anciano anticuario que desde niño supiera de la leyenda.

Éste ha dedicado su vida a perseguirlo, por haber atesiguado sus crímenes en el campo de exterminio donde estaba confinado. Hecho que, irónicamente, le ahorra trabajo a los oficiales nazis.

La situación se torna cada vez más caótica, no sólo por la conflictiva vida personal de los involucrados en el proyecto Canary, sino también porque los sobrevivientes han abandonado el tratamiento y, peor aún: los cadáveres han desaparecido inexplicablemente de la morgue.

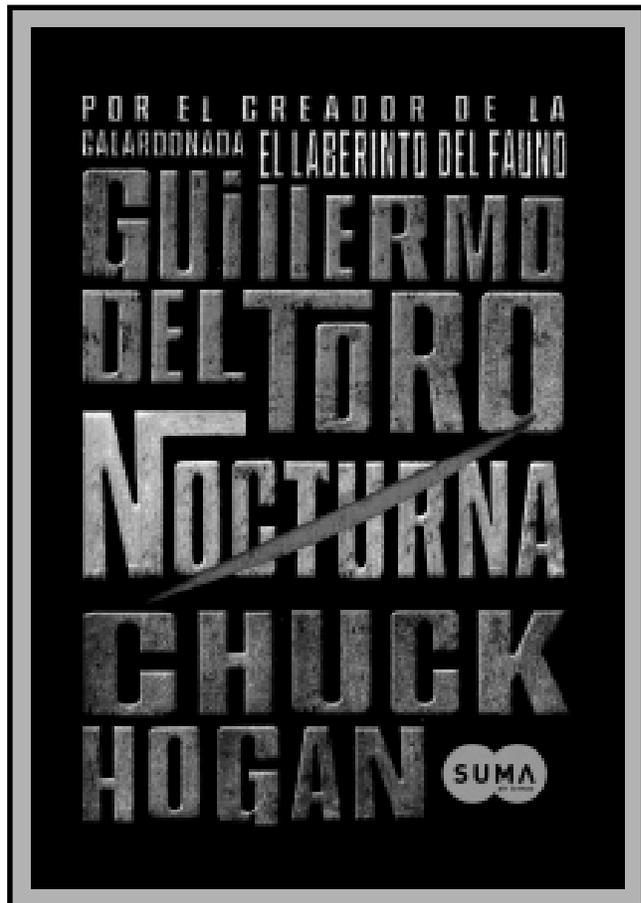
El enemigo, a pesar de su fuerza, necesita para este ataque a un poderoso aliado humano, de quien nadie sospecharía.

Los cadáveres empiezan a deambular en busca de sangre. Su organismo presenta grotescas mutaciones anatómicas y fisiológicas, para adaptarse a su nueva condición.

Setrakian contacta a Goodweather para ayudarlo en esta misión trascendental y a contrarreloj: salvar a la especie humana, destruyendo al Ser Oscuro, ancestral, siempre acechando...

Del Toro y Hogan aciertan al abordar el vampirismo como una lucha entre el bien y el mal, prescindiendo de tintes maniqueos: presentan a los combatientes con sus temores, mezquindades, sus legítimos anhelos; y a las víctimas, transformadas en victimarios, luego de un proceso doloroso e inevitable...

Guillermo del Toro y Chuck Hogan, **Nocturna** (título original: *The strain*), Traducción: Santiago Ochoa, Suma de Letras, México, 2009, 560 pp.



Minificciones

JORGE SOSA

La centésima ley de la termodinámica

Reprobamos Artes Plásticas porque nos gustaba quedarnos en el baño platicando y fumando. Tomamos esa clase tres veces en todo el curso.

Los maestros nos veían a cada rato, no nos decían nada. Tú eras muy bonita y yo no iba a tener nada mejor en la vida.

Nos volvimos a ver hasta que tuviste a tu hijo. Su nombre era Jerónimo, caminaba torpemente en tu cocina y olía a polvo con sudor.

Te esperaba fuera del despacho, casi diario, para caminar sin dirección hasta que tu mamá te hablaba al celular para decirte que ya no podía cuidar al niño.

El papá de Jerónimo se llamaba Rogelio; no tengo ningún recuerdo de él, excepto por el intenso aroma a cigarros Broadway de tu ropa.

Te propuse que nos fuéramos del país, que tomáramos autobuses y trenes hacia el sur hasta encontrar un lugar donde quisiéramos morir. O nunca detenernos. Nunca sentarnos, ni acostarnos, ni dormirnos, ni morirnos.

Raquel perdió su virginidad en medio del desierto

Mi hermana se metía a los túneles del metro y me dejaba en los andenes, sabía que me daba miedo seguirla. Ella no quería que la dejaran sola conmigo y pensaba que ya no lo harían si me abandonaba suficientes veces. Casi siempre me quedaba quieto hasta que un policía o alguien más me llevaba a casa. Mis papás casi no estaban, incluso ahora no me imagino en qué gastaban el tiempo. Éramos como esposos, mi hermana no dejaba que se metiera ninguno de sus amigos a la casa si yo no estaba, principalmente después de que cumplí diez años.

Mientras más crecimos, pasamos más tiempo jugando. Casi todos nuestros juegos se trataban de que yo era grande y bobo, ella se montaba en mi espalda o me susurraba en la oreja lo que íbamos a hacer, las bardas que íbamos a saltar, los cristales que íbamos a romper. Para dormir, encendíamos la grabadora y escuchábamos sus discos de Duran Duran.

Las flores más lindas crecen en las ventanas del pabellón de psiquiatría

Soñar con un pasillo de la secundaria. Soñar con las conversaciones que se prolongaban eternamente acerca de chicas con rulos rubios o piercings en el ombligo, pero principalmente acerca de Berenice. Se parecía a Satana, la maga de los comics de Batman. Vagar un rato buscándola. Verificar que no toma la clase de música en la que debería estar, tocando la flauta, aprendiendo a odiar cualquier cosa que se pareciera a una canción. Encontrarla sola en la azotea, sentada en el borde del techo, pintándose dibujos en el brazo con una pluma negra. No llamar su atención, permanecer en el último tramo de la escalera, imaginar que ella sueña despierta que salta hacia la calle y vuela. O no.



Algunos de Nuestros Colaboradores

Yolanda Aguirre. Monterrey, 1975. Licenciada en sociología por la UANL. Dirigió la revista feminista independiente *La manzana*. Fue becaria del Centro de Escritores de Nuevo León durante 2007. Ha publicado el poemario *Menguante*.

Carlos Aguasaco. Bogotá, (1975). Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Radicado desde 1999 en la ciudad de Nueva York donde dirigió el programa radial "Poeta en Nueva York (Homenaje a Federico García Lorca)". Con maestría en literatura Latinoamericana en el City College de CUNY. En la actualidad termina el doctorado en la universidad de Stony Brook SUNY. En el otoño de 2002 The Simon H. Rifkind Center For The Humanities & The Arts le otorgó un Blanche Mason Starweather Student Award por su proyecto "Four Discoveries of America in William Ospina's El país del viento". En enero de 2003 fue publicado su libro *Conversando con el Ángel* (poemas). Es coautor de una serie de Español y literatura para el bachillerato titulada *Competencias y desempeños Vols. I a VI* (2000) y coeditor de las antologías *Encuentro 10 poetas latinoamericanos en USA* (2003), *Narraciones sin Frontera 27 cuentistas hispanoamericanos* (2004) y *Ensayos sin frontera -Estudios sobre narrativa hispanoamericana* (2005). Una muestra de su trabajo como traductor y poeta fue incluida en la antología bilingüe *Red Hot Salsa: Bilingual Poems on Being Young and Latino in the United States* editada por Lori Marie Carlson (2005). Desde el 2005 dirige el portal de poesía www.artepoetica.com y edita la revista de poesía *El Barco Ebrío*. En la actualidad enseña en el Departamento de estudios interdisciplinarios en The City College of CUNY.

Fernando de la Cruz Herrera. Mérida, Yucatán (1971). Miembro del Centro Yucateco de Escritores. Máster en Español (Literatura Hispánica y Lingüística Aplicada) por Ohio University; Lic. en Humanidades y Filosofía. Es profesor en la Escuela de Creación Literaria del Centro Estatal de Bellas Artes. En poesía ha obtenido dos premios nacionales y uno estatal. Coordina las lecturas semanales de poesía con micrófono abierto "Café Poesía", con el respaldo del CYEAC y de JKPublishing.

Eloísa De la Parra. Monterrey, N.L., (1980). Licenciada en Letras Españolas por el Tec de Monterrey. Trabajó como maestra de literatura en Irapuato, Guanajuato. Recientemente terminó una maestría en Creación Literaria en la Universidad de Texas en El Paso, de donde se graduó con honores con su tesis de poesía. Ha publicado ensayos, crónicas y poemas en diversas revistas de México y Estados Unidos.

Maritza Duarte Alcántara. México D.F., (1980). Licenciada en Comunicación Medios Masivos por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Jefa de Redacción para la Revista *Opción Aguascalientes*.

Adán Echeverría. Mérida, Yucatán (1975). Ha publicado los poemarios *El ropero del suicida* (2002), *Delirios de hombre ave* (2004) y *Xenankó* (2005) y el libro de cuentos *Fuga de memorias* (2006).

Raúl Moarquench Ferrera-Balanquet. La Habana, Cuba (1958). Artista transdisciplinario, escritor, académico y curador de arte. En 1992 recibió un MFA en Multimedia y Video Arte de la Universidad de Iowa. Ha publicado en Biblia, Portugal; la revista electrónica *Net Art Review*; la antología *Litoral del Relámpago*, (2003). Integrante del Centro Yucateco de Escritores A.C. Catedrático en la Escuela Superior de Artes de Yucatán.

Ileana Garma. Mérida, Yucatán (1985). Ha publicado *Itinerario del agonizante* (2005). Becaria de la SOGEM. Mención de Honor y Ganadora del Premio Estatal de Poesía Joven Jorge Lara (2004 y 2005, respectivamente). Premio Estatal de Poesía José Díaz Bolio.

Patricia Garma. Mérida, Yucatán (1975). Premio estatal de poesía convocado por el ISSTEY y el ICY (1997). Integrante del CYE. Es redactora de las secciones *Imagen y Espectáculos* del *Diario de Yucatán*. En 2004 recibió una beca nacional de periodismo en la Universidad Iberoamericana.

Saulo de Rode Garma. Mérida, Yuc. (1958) Licenciado en Lingüística y Literatura por la Univ. Autón. de Yuc.. Ha publicado *Sílaba nocturna del alma para no olvidar el instante* (Ediciones Presagios, 2000) y *Círculos de sangre* (Inst. de Cult. De Yuc., 2005). Obtuvo el Primer Lugar en el certamen estatal de poesía "José Díaz Bolio" en 2004 y recibió el Premio Nacional de Poesía Experimental *Raúl Renán* en la Bienal Literaria de Yucatán 2004-2005.

Jorge Lara Rivera. Mérida, Yucatán, (1961). Ha publicado los libros "*Defensa del Adiós*" y "*Fundación del Alba*" (1989), "*El sueño*" (1990), "*Sostener la luz*" (1991), "*Fosforescencias*" (1992). "*Ronda del sol girante*" (Ed. La tinta del Alcatraz, Edo. de México), y *Los encendidos flancos del éter* (2007). En 1988 y 1989 recibió el Premio Estatal de Literatura en Cuento y Poesía, respectivamente; en 1990, le fue conferido el Premio Especial de Literatura *Antonio Mediz Bolio* que otorga el Gobierno del Estado de Yucatán. En 1997 le fue concedida la Medalla al Mérito Artístico.

Gilda Manso. Buenos Aires, Argentina, 1983. Es escritora y periodista. Se desempeñó como redactora, correctora y cronista en medios gráficos y digitales. Publicó "Primitivo ramo de orquídeas" (Libros En Red, 2008), su primer libro de cuentos, y su relato "Sombras chinecas" integra la antología "Ronda de cuentos" (Dunken, 2008).

Carlos Martín. Mérida, Yucatán, (1966). Ha publicado *Después del aguacero* (2000), *Silencio de polvo* (2001), *Al final de la vigilia* (2003 y 2006) y *Los mártires del Freeway y otras historias* (Ficticia-ICY 2006). Premio Nacional de cuento *Beatriz Espejo* (2003) y Primer Lugar de cuento en los terceros juegos literarios nacionales de la UADY (2004).

María Montelongo. Nuevo León, 1982. Licenciada en Letras Españolas. Colaboró en el Habla de Monterrey con un proyecto apoyado por el CONACYT. Algunos de sus textos se han publicado en *Letralia*, *Posdata*, *El Anuario de humanitas* de la UANL, *Letras Regias*, entre otras revistas.

Mario Pineda. Mérida, Yucatán (1986). Estudia en la Universidad Modelo. Mención de honor en la categoría 16 a 19 años del Premio Estatal de Poesía Joven Jorge Lara Rivera (2004), y ganador de este mismo premio en 2006. Participa en la *Catarsis Literaria El Drenaje*

Ana Edith Sánchez Sánchez (Apizaco, Tlaxcala, 1970). Lic. en Literatura Hispanoamericana por la UAT. Becaria del Foecat en 2000 y 2002 en jóvenes creadores. Premio estatal de poesía "Dolores Castro" 2002, con *Los alacranes no besan* (ITC, 2003). *Dimensión fugaz* (Tierra Adentro, 2004). Ensayo: "Abracadabra" en *Dos escritores secretos, ensayos sobre Efrén Hernández y Francisco Tario*, compilador Alejandro Toledo, (Tierra Adentro. No. 315. 2006). Antologada en *Círculo de poesía 7*, Montevideo, Uruguay, (Bianchi 2006), y en *Ayer el futuro era hoy. Muestra de poesía de Tlaxcala* (ITC 2007).

Coautora junto con 344 poetas de 20 países de *La mujer rota*. (Literalia editores, México, 2008), en homenaje al centenario del natalicio de Simone de Beauvoir, Incluida en *Del silencio a la luz: Mapa poético de México Poetas nacidos en el periodo 1960-1989*.

Angélica Santa Olaya. Ciudad de México (1962). Licenciada en Periodismo y Comunicación Colectiva por la ENEP Acatlán, UNAM. Primer lugar en dos concursos de cuento breve e infantil en México (1981 y 2004). Autora de los poemarios "Habitar el tiempo" y "Dedos de agua" editados por Tintanueva Ediciones. Egresada de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM).

Judith Santopietro. Córdoba, Veracruz, (1983). Poeta, editora y promotora cultural de las lenguas originarias de México. Actualmente es directora de Radio Nómada y Revista Iguanazul: literatura en lenguas originarias. Ha publicado la plaquettes individuales *Raíz de Vuelo* (Editorial El Barco Ebrío, Nueva York- Homo Scriptum), EE UU/2008 y Se incendia la palabra (Instituto Municipal de Arte y Cultura del Ayuntamiento de Puebla IMACP), México/2008; en el Anuario de poesía mexicana 2006, Fondo de Cultura Económica.

Oscar Sauri. Cansahcab (1958). Licenciado en derecho. Poeta y ensayista. Secretario del Centro Yucateco de Escritores, A.C. Premio Estatal de Literatura Clemente López Trujillo para poesía (1996). Ha publicado los poemarios *Poéticas*, *Erótica* y *Otras Lluvias*.

Ramón Villegas. Es Licenciado en Ciencias y Artes. Diseño de la Comunicación grafica UAM, con una Maestría en Artes Visuales. ENAP, San Carlos, UNAM. 1981-1986. En el año 2000 recibió la Mención honorífica en el concurso en el 10º Catálogo de ilustradores de publicaciones infantiles y juveniles, organizado por el CNCA. En 2004 obtuvo el 3er lugar en el concurso para el 15º Catálogo de ilustradores de publicaciones infantiles y juveniles, organizado por el CNCA.

